

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DEL PAIS VASCO

APROXIMACION PSICOANALITICA A PIO BAROJA

DISCURSO

de ingreso como académico de la Real Academia de Medicina del
Distrito de Bilbao

Ilmo. Sr. D. José Guimón Ugartechea



BILBAO 1990

DISCURSO DE INGRESO COMO ACADEMICO DE LA REAL
ACADEMIA DE MEDICINA DEL DISTRITO DE BILBAO

ILMO. SR. D. JOSE GUIMON UGARTECHEA

Son muchos los autores que se han extrañado de que, habiéndose publicado numerosos trabajos que incluyen excelentes aproximaciones psicológicas a la personalidad de Baroja (1-14), los psicoanalistas no hayamos realizado estudios sobre este autor. No debe ello extrañarnos dado que, al respeto que produce el abarcar en toda su extensión y profusión la obra de D. Pío, se une la prudencia con que nos hemos acostumbrado a trabajar dentro del que se llama psicoanálisis aplicado, en especial en lo que se refiere a la comprensión de la personalidad del autor a través de su obra.

En trabajos anteriores (15, 16, 17, 18, 19, 20, y 21) he intentado acercarme a la comprensión de la relación entre la Medicina y algunos aspectos de la vida y obra de D. Pío pero dejando de lado el indagar sobre su personalidad. Al cabo del tiempo, llegué a pensar que, pese a sus críticas al Psicoanálisis, Baroja tuvo la esperanza de que algún psicoanalista se interesara por realizar un estudio sobre su personalidad. Ello me llevó a realizar algunas reflexiones al respecto (20 y 21) que resumo en las presente páginas. En primer lugar, haré mención de las críticas que Baroja hizo del Psicoanálisis. Realizaré, luego, un breve bosquejo psicobiográfico. Finalizaré con un comentario acerca de su «economía» libidinal, en especial la narcisista, clave importante, a mi modo de ver, de su vida y de su obra.

A) LAS FUENTES PARA UN ESTUDIO PSICOANALITICO DE BAROJA

Al margen de los testimonios personales o escritos (1-14 y 22-27) de las personas que le trataron con mayor o menor intimidad, los documentos fundamentales para el estudio de la personalidad de Pío Baroja son

sus Memorias (28) y las obras más o menos autobiográficas: El ensayo «Juventud, Egotría» (29) y las novelas «El árbol de la ciencia» (30), «La sensualidad pervertida» (31), «La agonía de nuestro tiempo» (32) y «El hotel del cisne» (33). Los personajes de estas novelas (Andrés Hurtado, Luis Murguía, José Larrañaga y Procopio Pagani) representan, según el mismo Baroja afirma y de acuerdo con los críticos, verdaderos «contra-personajes» barojianos.

No se puede dudar de la veracidad, a nivel consciente, de la afirmación que abre el prólogo del primer tomo de sus Memorias (34): «Yo no tengo la costumbre de mentir. Si alguna vez he mentido, cosa que no recuerdo, habrá sido por salir de un mal paso. No por pura decoración (...). Yo pienso que puedo hablar de mí mismo sin sentir ningún entusiasmo egotista, físico o intelectual. Me figuro que puedo desdoblarme en un actor y en un espectador; en un actor a quien puedo juzgar, naturalmente, con cierta benevolencia, de padre a hijo. Respecto a la verdad de los hechos que yo cuento, yo la tengo por exacta; pero no me chocaría nada que muchos pequeños detalles estuvieran transformados por el recuerdo». Sin embargo, es obvio que lo que interesa desde un punto de vista psicoanalítico no es sólo lo que el autor quiere decirnos sino todo aquello que facilite la comunicación de «lo que no sabe» o no quiere comunicarnos. Por ello, tendremos que utilizar también sus novelas no conscientemente autobiográficas, sus ensayos y, de manera especial, los sueños que relata en «El hotel del cisne» (33). Sin embargo, incluso en relación con esos materiales, hay que tener en cuenta la acertada observación de Castilla del Pino (13) respecto a la «inconsciencia» sólo relativa de las «proyecciones» del autor: «... el rasgo proyectivo de la obra literaria, concretamente de la novela, no tiene en nuestro autor - o no pretende tener- carácter subconsciente, sino premeditado (...)». Por eso la neutralidad del novelista le parece una pretensión imposible: «(...) Baroja es, a mi parecer, un autor con un alto grado de objetividad y distanciamiento respecto de sus personajes de ficción y, por tanto, con una proyección menos directa de lo que él mismo pretende. Porque he aquí que aspirando a que la novela no sea como la vida es

- "turbia, oscura, sin brillo"- la novela de Baraja resulta ser, temáticamente, como la vida misma: turbia, oscura, sin brillo (...); sólo una reiterada descripción de la irritación y la protesta, que finaliza, indoclinablemente, en la frustración y la impotencia».

En cualquier caso, si leemos lo que en el prólogo de «El hotel del cisne» dice Pagani, no nos cabe duda del deseo de D. Pío de que alguien le estudiara psicoanalíticamente: «Si Vd. o algún psiquiatra profesional lee la relación de estos sueños mezclados con impresiones de la vida y encuentra indicios para suponer qué clase de pájaro soy y si está un o dentro de la fisiología o de la patología, me alegrará mucho saberlo. Es un conocimiento que no tiene seguramente gran importancia para un viejo derrotado como yo, pero puede ser algo divertido». Son afirmaciones como estas, realizadas por personajes netamente autobiográficos, como lo es Pagani, las que parecerían hacer sencilla nuestra tarea. Sin embargo, al igual que en un psicoanálisis pronto vemos nuestro trabajo dificultado por la aparición de diversas resistencias, quien se enfrenta a la interpretación psicoanalítica de Baraja a través de su obra pronto se ve frenado por las críticas de D. Pío que revisten un claro tinte «resistencia».

B) RESISTENCIAS: LA AMBIVALENCIA DE BAROJA ANTE EL PSICOANALISIS

Baroja reconoció su afición a la Psicología hasta el punto de considerarla como una forma de ser. Demostró, de hecho, ser un fino psicólogo en la descripción de sus personajes y de su propia personalidad. No es, así, de extrañar que se interesa por el Psicoanálisis más que la mayoría de los autores españoles de su época. En trabajos anteriores (17, 18 y 19), he comentado que, a pesar de que, a juzgar por el contenido de su biblioteca y por la superficialidad de sus comentarios, estaba poco informado sobre el psicoanálisis, D. Pío fue duramente crítico con esta ciencia. «Es incalculable, comenta (34), la cantidad de tonterías que nuestra época va aceptando: espiritismo (..), magia (..), cubismo (..),

psicoanálisis freudiano». Fue igualmente despiadado con su fundador Freud, a quien compara con personajes como Lombroso, Hahnemann, Letamendi (35), Messmer, Gall, Richet (36) o Asuero (37), y de quien recuerda, frecuentemente, con desprecio, que era judío (38): «El buen judío de Freud (...) ha pensado más en el poder que puede dar este procedimiento que en su utilidad terapéutica. Los médicos judíos emplean todos los recursos para alcanzar el éxito. Convertir al médico en cura es tendencia muy lógica en una raza teocrática como la judía». En esa misma línea, refiriéndose al aspecto económico del tratamiento psicoanalítico diría (39) que «Es un excelente sacacuartos».

Las principales críticas a la teoría freudiana las plantea respecto a la génesis sexual de las neurosis: «Toda la pedagogía sexual de Freud es pura pedantería», dice el Dr. Fabre en «Los enigmáticos» (40). En «Pequeños ensayos» (1943) (41) comenta Baroja que Freud ha considerado que «las raíces de las sugerencias oscuras de la personalidad se hundían siempre en un fondo sexual. Evidentemente, no es así. Estas raíces pueden recoger sus impulsos inconscientes o seminconscientes, de otros manantiales orgánicos, además del sexual. Ya Nietzsche, con más genialidad psicológica que Freud, habla de crisis espirituales que pueden depender de la mala función de las vísceras». En «Bagatelas de otoño» (1949) (42) insiste: «En su teoría erótica, Freud no hace más que exagerar la nota vulgar (...). Afirmar que todo es erotismo (...) algo poco idealista, no le impedirá sentirse un poco vate y sacerdote (...). Yo en eso del psicoanálisis creo muy poco o nada. Todo ello me parece palabrería judaica. Ya lleva el psicoanálisis funcionando años y años. ¿Qué investigaciones serias ha hecho? ¿Qué resultados teóricos o prácticos ha dado? Yo creo que ninguno».

Sin embargo, y en clara contradicción con lo anterior, en varias ocasiones explica los problemas neuróticos como derivados de represiones sexuales. Así, en «Artículos» (1934) (43) dice: «Esta señora que muestra un fondo de histerismo, es también muy probable que casada con su primer novio no lo hubiera padecido. Muy bien; pero ello, ¿como se evita?». En otra ocasión (44) comenta: «Qué duda cabe de que la

sexualidad es una de las bases del temperamento». Y, lo que es más significativo, no duda en autoaplicarse esas nociones, en sus Memorias y en varias de sus obras más o menos autobiográficas.

Baroja se muestra también crítico en relación con la visión de Freud sobre la homosexualidad. Dice, por boca de Haller en «Las veleidades de la fortuna» (45) que Freud considera al homosexualismo «casi como una gracia». Negándole una génesis psicológica, lo considera como una aberración. Así, dice en «Las horas solitarias» (1918) (46): «El homosexualismo entre los griegos debió de ser una aberración de origen casi intelectual; entre los modernos, en cambio, es una aberración de orden sensorial (...). El homosexualismo de hoy tiene un impulso más claramente anormal que el antiguo, pues necesita vencer el culto a la Naturaleza y, sobre todo, la irrisión de la gente». De la misma manera, en «Final del siglo XIX» (1945) (47) comenta: «El homosexualismo es una equivocación de la sabia Naturaleza, que se ha dado en todos los medios, en todas las razas y en todas las categorías sociales. Desde el príncipe de sangre real hasta el limpiabotas. Unas veces se perseguirá con el hierro y con el fuego; otras veces habrá en torno a él cierta transigencia; pero creo que las ideas literarias no tienen nada que ver con esto (...). La ola del homosexualismo puede ser que suba, o puede ser únicamente que se ponga al descubierto. Con seguridad, no es por la influencia de los poemas de Osear Wilde o las novelas de Jean Lorrain». Por otra parte, en «La intuición y el estilo» (1948) (48) se muestra favorable a las ideas de Marañón sobre la identificación sexual defectuosa de D. Juan: «Un erudito actual ha encontrado citado en un proceso de homosexuales del tiempo al brillante conde de Villamediana ... Ya no nos chocaría nada que si Don Juan Tenorio hubiera existido apareciera también en un proceso de esa índole».

Sin embargo, se muestra partidario de las teorías de Freud sobre la bisexualidad básica de todo ser humano. Así en «Familia, infancia y juventud» (49) dirá: «El sexo no es ni orgánica ni psicológicamente una manifestación absoluta de signo contrario; a un lado más y al otro menos. Eso sucede en La Biblia y en las sociedades absolutamente

patriarcales. Hay así muchas mujeres que, siendo mujeres, son de espíritu más masculinas que los hombres, y hombres que, siendo hombres, son de gusto más femenino que muchas mujeres. Además, hay hombres completamente masculinos en cuyas secreciones internas se encuentran hormonas femeninas, y mujeres exageradamente femeninas que expelen hormonas masculinas (...). Esto es algo que molesta mucho a la gente petulante, que cree que ser hombre es una gran cosa».

D. Pío parece aceptar la interpretación de Freud de los actos fallidos, aunque le niega la paternidad de la explicación. En ese sentido dirá en «Artículos» (1934) (50): «A base de las equivocaciones psíquicas está hecha gran parte de la literatura moderna. Pero todo esto, ciertamente, es algo que ya se sabía mucho antes de que lo dijera Freud». Rechaza, en cambio, las teorías freudianas sobre los sueños. Así, en «Las veleidades de la fortuna» (51), asistimos al siguiente diálogo:

«-Eso del psicoanálisis, es algo? -preguntó Larrañaga.

-Yo creo que no es nada, pura palabrería. Freud ha publicado libros que son una colección de anécdotas, estirándolas para darles una significación. Con un poco de ingenio se les podía dar significación diferente y hasta contraria (...). Para mí, ese psicoanálisis no tiene de nuevo más que el nombre; es un interrogatorio largo, como cualquier otro. Que las imágenes de los sueños, que las equivocaciones están motivadas, lo sabemos. Todo tiene su motivo; ahora, cómo funciona ese motivo, es lo que no conocemos.»

En cualquier caso, al final de su vida, sus opiniones sobre el psicoanálisis eran ya más matizadas. Así en «La intuición y el estilo» (52) dirá: «La cuestión (...) ha de ser averiguar si el mecanismo ideado por Freud es exacto o no lo es. Yo no creo en la exactitud completa de su teoría. Que hay base, eso no lo puede dudar nadie. Que la base sea tan ancha como quiso afirmar Freud, es ya más problemático».

De la misma manera, en «El hotel del cisne» (53) Baroja hace primero decir a Pagani: «No he encontrado interpretación ninguna de

esas que hablan los psicoanalistas». Pero, como hemos comentado antes, nos proporciona a continuación una serie larga de sueños. Prestando atención a las normas de Freud para la interpretación de los sueños, incluye antes de algunos de ellos detalles del material diurno que les sirvieron para formarse. Algunas de las transcripciones de supuestos sueños que hace resultan excesivamente literarias y cuajadas de reflexiones teóricas lo que hace pensar que fueron muy transformadas respecto al material onírico original. Podría esto hacernos pensar que, de hecho, no se trataban de auténticos sueños, pero cabría, por el contrario, considerar el material añadido como asociaciones. Por otro lado, se detectan algunos sueños que dan toda la impresión de estar recogidos nada más despertarse el soñador y con gran fidelidad y frescura. Es particularmente sobre estos últimos sobre los que basaremos nuestras interpretaciones.

C) PERFIL PSICOBIOGRAFICO

Numerosos apuntes biográficos sobre Baroja provirrientes de amigos y críticos literarios contemporáneos están recogidos en la primera parte de sus memorias «El escritor según él y según los críticos». Impresiones posteriores son recogidas extensamente en la obra de Francisco Bergasa «Baroja, las mujeres y el sexo» (1973) y en varios otros trabajos. Las páginas que siguen están basadas en esos datos, en las memorias de D. Pío y en el análisis de las antes mencionadas contrafiguras que retratan al autor a distintas edades: Andrés Hurtado, de «El árbol de la ciencia» (1911) (30), Luis Murguía de «La sensualidad pervertida» (1920) (31), José Larrañaga de «Agonías de nuestro tiempo» (1926) (32) y Procopio Pagani de «El hotel del cisne» (1940) (33). Se obtiene también interesante información a través del estudio de otros personajes de carácter aparentemente opuesto al del autor pero que son verdaderas encarnaciones de su «ideal del yo», como bien señalaron Ortega y Gasset (54) y Sánchez Granjel (55): Shanti Andía (56), Avinareta (57), El capitán Chemista (58 y 59), etc. Datos adicionales se desprenden del perfil psicológico de los cientos de personajes que pululan por las nove-

las, de la temática argumental de éstas y del aparato ideológico de los ensayos.

a) **Los triángulos edípicos**

Poco sabemos de la primera infancia de Baroja. Las descripciones de su familia sí son, en cambio, detalladas.

En «Familia, infancia y juventud» (60) Baroja rastrea su árbol genealógico pero sólo se detiene con alguna atención en su abuela Concepción, que debió ser una mujer peculiar, arriesgada, reñida con sus hijos, pero a quien D. Pío tenía mucho afecto probablemente por su originalidad y por su personalidad poco convencional. Menciona también la figura de una tía Dña. Cesárea Goñi «remilgada e imaginativa» a quien también apreció mucho.

Son muchos los autores que han señalado en Baroja la existencia de un «complejo de Edipo» mal resuelto. D. Pío se sabía susceptible de interpretaciones de este tipo y comenta en sus Memorias: «Yo he sido un tipo maternal (...) esto Freud lo explica de una manera fantástica, suponiendo una rivalidad amorosa del chico con su padre, lo que me parece una explicación de mala literatura». Veamos los datos que tenemos sobre sus relaciones con las figuras más significativas de su infancia.

Baroja se refiere (60) más bien escuetamente a su madre, Dña. Carmen Nessi, madrileña que se casó a los 17 años con un hombre que le llevaba 9. La describe como una mujer seria, puritana, «con un fondo de renunciación y de fatalismo», muy querida por la gente y que se pasó la vida «sin ir a paseos ni a teatros». Todos los críticos están de acuerdo en la singular devoción que D. Pío profesó a su madre, con la que vivió extremadamente unido hasta su fallecimiento en 1935. Esa relación dependiente se hace mucho más explícita en numerosos de sus personajes de novelas más o menos autobiográficas.

En la misma obra (61), D. Pío describe a su padre D. Serafin Baroja, ingeniero de minas, como un hombre alegre y bondadoso, bohemio y de

carácter «algo arbitrario». Cuenta un extraño episodio, acaecido en 1868, cuando trabajaba en Río Tinto, en el que recibió una puñalada en el muslo «que estuvo a punto de producirle consecuencias muy graves porque el cirujano que le cuidaba, amigo del agresor, le convenció para que se levantara antes de cierto número de días y tuvo una hemorragia de la que estuvo a punto de morir». Tal vez se puedan intuir en la adhesión de Baraja a la veracidad de esta anécdota familiar indicios de la hostilidad encubierta hacia su padre. De hecho, narra, justo a continuación que su padre «nunca tuvo sentido práctico; creía que eso de ganar dinero era una broma que no valía la pena». Cuenta después que, en una ocasión, tras rechazar, en presencia de Ramiro de Maeztu y de él mismo, un trabajo lucrativo, D. Pío habló en un tono de mal humor, y Maeztu le dijo: «Claro: Vd. quería que su padre, a su muerte le dejara unos miles de duros, y su padre no se ocupa de eso».

D. Pío recuerda que su padre fue corresponsal de prensa y que escribió algunos versos en euskera y una novela en castellano. Le juzgó (seguramente comparándole consigo mismo) negativamente desde el punto de vista literario: «Le faltaba para ser escritor el tener una visión clara de lo que era y es siempre interesante para el mundo (...) su educación literaria era deficiente». Lo pintó como ingenuo, excesivamente entusiasta de su ciudad natal, San Sebastián, que le parecía «el ombligo del mundo». Dio, pues, la imagen de un padre relativamente poco atento a sus necesidades, por quien sintió cierta hostilidad, pero con quien se identificó, al menos parcialmente, como se podría desprender de su elección de la carrera de escritor.

D. Pío tenía una peculiar visión del deseo que tuvieron sus padres de que él viniera al mundo: «Yo era el tercer hijo. Esto parece que no tiene importancia; pero siempre tiene alguna, porque la tercera decisión para hacer cualquier cosa siempre es una repetición, a veces aburrida».

Las referencias de D. Pío a sus hermanos son escasas pero afectuosas. Su hermano Daría murió prematuramente lo que le produjo, al menos conscientemente, gran pena, tal y como se refleja en el «El "árbol

de la ciencia». En esa obra, Andrés Hurtado muestra una hiperpreocupación por la salud de su hermano, hasta el punto de trasladarse a Valencia a cuidarle. Tanto Ricardo como Carmen, sus otros dos hermanos, vivieron cerca de la madre y sus relaciones con D. Pío fueron estrechas. Parece que D. Pío no se llevó muy bien con su cuñada y fue, según Sebastián J. Arbó, esa mala relación la que motivó que ambos hermanos estuvieran distanciados durante los últimos años. Tulio Caro Baroja atribuye, en cambio, esa mala relación a un cierto: «complejo de hermano menor» que D. Pío habría tenido hacia su hermano, a quien admiró primero para desencantarse luego respecto de él debido a su «carácter versátil». Carmen representó una figura sustitutiva de su madre, hasta el punto de que a la muerte de ésta fue Baroja a vivir con su hermana.

b) La identidad profesional

En el desarrollo de la personalidad de Baroja tuvieron una importancia decisiva sus estudios de Medicina y sus experiencias como médico. Así, en algunos pasajes de su obra se considera más médico que escritor (62): ¿Qué es usted?, contó que le preguntaron en una ocasión. - Médico - dije yo un poco sorprendido de este interrogatorio de Presidente de Audiencia-. - ¡Ah, médico! - Sí; también escribo algunos libros». Médicos serían posteriormente muchos de los componentes de su estrecho círculo de amistades próximas y médicos fueron algunas de las pocas personas a las que admiró como Nicolás Achúcarro y Gregario Maraón. Creo por todo ello necesario extenderme algo en este aspecto de su evolución personal.

La forma en que optó por estudiar Medicina no inclina a creer que su elección fuera el fruto de una decisión psicológicamente madura (63): «Yo, dijo (), por exclusión de profesiones que no me gustaban, decidí estudiar Medicina». En efecto, se matriculó en el Preparatorio de Medicina que era el mismo que el de Farmacia y, sólo más tarde, influido por Carlos Venero y Pedro Riudavets decidió no estudiar «pucherólogo»,

como estos amigos llamaban a los farmacéuticos, sino médico (64). Fue, pues, en aquellos momentos, una de tantas víctimas del sistema de elección prematura de carrera, lamentable exigencia de la sociedad actual.

Realizada la elección estudió sin gran entusiasmo los cursos de la licenciatura. Pronto pudieron ver los profesores con los que tuvo contacto que mostraba poco interés por los enfermos, a los que estudiaba más como tipos psicológicos que como portadores de una determinada afección orgánica (65). Por aquella época se despertó en él un gran interés por la fisiología, por la realidad íntima de las alteraciones del enfermo. Sin embargo, ni el interés por el psiquismo del enfermo, ni la atracción por la fisiología encontraron el terreno y ambiente adecuados que hubieran hecho posible el desarrollo de una vocación más específica. En la vida posterior le quedó, sin embargo, como he comentado antes, una gran afición a la psicología que se advierte en sus obras y un interés científico, que varios comentaristas consideran como característica importante de su personalidad. Así, para Camilo José de Cela, Baroja fue «un enamorado de la Ciencia» y Helmut Demmuth ve en el interés científico, patente también en sus obras, «un intento de encontrar significado a la vida».

Baroja reconoce que, al terminar su carrera, después de estudiar de una manera mecánica las asignaturas, su formación distaba mucho de ser adecuada. En el examen de licenciatura uno de los profesores el Dr. Garín, le recomendó que trabajara algún tiempo en un hospital antes de optar al grado de licenciado, pues consideraba sus conocimientos y su experiencia aún insuficientes. Pero la idea no agradó a D. Pío : «Yo le contesté que deseaba seguir el examen aunque me suspendieran. En parte tenía razón, porque si se trataba de saber Medicina de verdad, yo no la iba a aprender en cinco o seis meses». Sin embargo, subsanó en parte esta deficiencia ya que, una vez aprobada la licenciatura, en vez de comenzar a ejercer, fue a Madrid a estudiar los cursos de doctorado. Asistió por entonces a un hospital y después de presentar una tesis sobre el dolor, obtuvo, ya doctor, una plaza de médico en Cestona.

En Cestona, retirado del ambiente bullicioso de Madrid, en esa especie de moratoria que Erickson halla en la vida de muchos personajes célebres, tuvo la ocasión de reflexionar sobre su vida y su futuro, renació en él su amor por el País Vasco natal y se despertaron sus intereses literarios que plasmaron en la colección de cuentos «Vidas sombrías» que allí escribió. Al cabo de poco tiempo abandonó la profesión.

Este trueque de su actividad de médico por la industria ha sido objeto de diversos comentarios que, en general, concuerdan en atribuirlo a una total falta de vocación hacia la Medicina. Sin embargo, es difícil estar completamente de acuerdo con esta interpretación si recordamos que, al marchar a Cestona, solicitó una plaza en Zarauz o en Zumaya; tiempo más tarde, pidió también sin éxito una en San Sebastián y luego un puesto de médico en Salamanca, por mediación de Unamuno, que también le falló.

A mi parecer (16), fueron las circunstancias las que precipitaron la decisión de Baroja: la vida de pueblo poco soportable para él, las rencillas profesionales, los fracasos de traslado a otros pueblos más importantes, el atractivo de Madrid que según él dice «se nos aparecía como un foco de luz» (66), la falta de preparación para ejercer en la capital y, por encima de todo, tal vez, la falta de un verdadero éxito profesional. De esta falta de éxito fueron responsables, aparte de la deficiente preparación, su natural falta de sociabilidad y el escepticismo hacia la práctica médica, la falta de entusiasmo, sin el cual no se gana al enfermo.

La prudencia y su escepticismo sobre la práctica médica le guardaron de cometer disparates. Evitó la osadía de enfrentarse con situaciones que no pudiera resolver con dignidad. Cuenta cómo, después de solucionar un caso urgente, recomendó a la paciente fuese a visitar a un especialista de San Sebastián ya que él no se consideraba capaz de proseguir el estudio y el tratamiento ulteriores. En otra ocasión se negó a ayudar a otro médico del pueblo en una operación de cataratas para la que no le consideraba capacitado. Sin embargo, probablemente, su actitud en exceso conservadora le impidió ayudar a los pacientes en otros casos senci-

llos. Fue desinteresado en el cobro de honorarios lo que le hizo objeto de algunos abusos, como en la anécdota que cuenta de unos albañiles que desaparecieron antes de pagarle. Acudió, como era su deber, a caseríos remotos de los alrededores, de noche y de día, a pie o en su viejo rocín. En conjunto, su labor en el pueblo debió ser estimada aunque, al partir, no dejó gran huella entre los vecinos, debido en parte a su carácter hosco y su tendencia al aislamiento, que en ocasiones le llevaron a momentos de auténtica soledad (67 y 68).

Las figuras de los diversos tipos de médicos (17) que pululan por su obra representan imagos parciales identificatorias. Su actitud ante los médicos exitosos era ambivalente. Por una parte, los admiraba, considerando su estatus como el de más prestigio entre todas las profesiones. Así alababa y admiraba a médicos inteligentes, trabajadores y sencillos, que aparecen a menudo en sus obras, como el Dr. Fabré de «Los enigmáticos». Por otra parte les dedicaba agrias críticas, en las que se adivina a veces un poco de rivalidad envidiosa. Los ataques se centran especialmente en los médicos «brillantes» de ciudad grande, los «charlatanes», los de los «fuegos artificiales», como el Dr. Aracil de «La dama errante» (69) y «La ciudad de la niebla» (70). Actuarían siempre interesadamente, serían pedantes y mezquinos: «El médico actual, con alguna que otra excepción, hace operaciones para cobrar, tiene un gabinete de consulta con aire aparatoso y emplea todas las martingalas más feas para su negocio. Tiene la moral de un charlatán de plazuela y se hace el reclamo con cinismo» (71).

Baroja dibujó la figura del médico rural con gran respeto, el mismo respeto con que, de hecho, trata en su obra a casi todas las figuras humildes con las que, por sus sentimientos de inferioridad, tan bien se entendía en su vida diaria. Tales médicos rurales aparecen, entre tantos personajes egoístas y amargos, como un oasis de bondad y, a veces, de ternura, encarnación quizás de lo que él hubiera llegado a ser de continuar en Cestona. Su actitud era siempre recta y se hallaban rodeados del amor y la consideración del pueblo. D. Julián, el médico de la casa de Aizgorri (72), es un buen ejemplo. Narró D. Pío, por otra parte, con

cierto regodeo, no exento de envidia por haber llevado él una vida tan opuesta, las aventuras de tenebrosos galenos que prestaban sus servicios en barcos piratas, como los Drs. Meraxa (73), Cornelius (74), Mac-kra (75), etc., se dedicaban a robar cráneos en el cementerio, (como el divertido Dr. Alegret (76)), o emprendían curiosas empresas espirituales (como el Dr. Guiezurtegui en «La caverna del humorismo» (77)). Se llenaba de indignación contra los médicos que practicaban el curanderismo con aire pseudocientífico, entre los que incluyó, como hemos visto antes, a los psicoanalistas, y mostró en cambio una gran tolerancia por los curanderos sencillos, de pueblo, de los que hay curiosos ejemplos en sus novelas.

La Medicina impregna la obra de Baroja como reflejo de la importancia que tuvo para su personalidad. Apenas hay novela de nuestro autor sin su correspondiente descripción de una enfermedad, de una visita médica, de una alusión a la Medicina (las fondas modernas son «asépticas», la descripción de la vida de un bohemio la titulará «Patología de un golfo...»). Incluso el personalísimo y tan comentado estilo literario se hallaría, según algunos autores, condicionado por el afán de claridad y precisión que la literatura médica le debió de imbuir. Así, para Uribe Echevarría (12), «Baroja adquirió con sus estudios de Medicina la precisión y justeza de las descripciones, su capacidad para el análisis de los personajes y su interés, jamás desmentido, por la Ciencia». Del mismo parecer es Azorín, quien hablará de la «prosa de diagnóstico» de nuestro autor.

Otra consecuencia de su formación médica fue el entusiasmo de Baroja por la Ciencia que, además de modelar aspectos cognitivos de su personalidad, le sirvió para organizar un conjunto de racionalizaciones que le sirvieron de útiles mecanismos de defensa. Alberich (1) señala los campos de la Ciencia que más interesaron al autor: «Su gran sensibilidad para el sufrimiento había de llevarle a un lírico entusiasmo por las ciencias que han contribuido a aminorarlo, y por eso son las ciencias auxiliares de la Medicina, más que las matemático-físicas, las que ganan lo mejor de su admiración». Hablando de la famosa biblioteca de Baroja,

hace una interesante clasificación de los volúmenes que la componen (5.000 aproximadamente) y halla 120 sobre Antropología y Psicología. Entre los de este último grupo se incluyen, comenta Alberich, «Los dedicados a un tema tan típicamente finisecular como el de la "Patología del genio"». Allí están los más conocidos libros del género: «Les grandes hommes», de W. Ostwald; «Les grands timides», de L. Dugas; «Las enfermedades de la personalidad», de Th. Ribot, y «L'homme crimine» y «L'homme de genie», de Lombroso, y sobre su favorita preocupación por la raza, la «Esquisse psychologique des peuples europeens» de Fouillée, y el famoso «Essai», de Gobineau, entre otras varias. Las obras de Biología y Psicología también abundan, con Darwin, Brocca, Haeckel, Claude Bernard, Bleuler, Freud, Marañón; la «Psicopatología», de K. Jaspers; la «Psicología general», de Kowalewski, y el, en un tiempo comentadísimo, libro de Max Nordau, «Degeneración».

La Psicología y la Antropología psicológica fueron, pues, aficiones favoritas de D. Pío y marcaron decisivamente su ideario. Baroja realizó sus estudios de Medicina durante los lustros que presidieron el desarrollo científico de la Psicología y fue testigo de las apasionadas controversias que, en los medios eruditos, se suscitaron al respecto. El caudal de conocimientos y de experiencias en este campo marcaría su personalidad pero además le resultaría de gran ayuda en su posterior obra literaria. De hecho, todos los autores se apresuraron por entonces a incorporar a su temática los nuevos conceptos, destinados a proporcionar una mayor profundidad y trascendencia al Arte en general y en especial a la Literatura. Las páginas de Baroja se nos presentan teñidas de recursos psicológicos que matizan el desarrollo de su pensamiento.

c) Un adulto adolescente

El inconformismo de Baroja fue particularmente evidente durante su adolescencia tardía y su madurez temprana. Adoptó una postura hostil a ultranza contra el sistema. Parecía criticarlo con tanta rabia que una

caricatura que se publicó sobre él, representando la ocasión en que fue mordido por un perro, tenía por texto: «perro contagiado de rabia por Baroja». Pero era más el ruido que las nueces. Baroja atacaba, pero siempre desde una postura resguardada, sin arriesgar en exceso. Como dice agudamente Juan Benet (78) «Baroja (...) hizo una novela que se situaba detrás de los modelos de Dostoiewski, Dickens y Stevenson (...). En una segunda fila (...) se había de sentir tan seguro y tan a sus anchas, como el niño travieso y consentido en un hogar de padres complacientes y débiles y más atrevido cuanto mayor es la lenidad ante sus escarnios. No dejó títere con cabeza ni una sóla pieza de la vajilla familiar en la que no quedara muestras de su paso (...)». Por otra parte, quizás utilizó el ataque sistemático como una manera de hacerse notar: «Baroja, dice Benet, habría quedado en poca cosa si esa política tan radical la hubiera hecho a medias».

Por lo anterior, D. Pío resulta, como observa Juan Francisco Rodríguez (79), un eterno adolescente, protestón contra su familia, de cuya protección no acaba, sin embargo, de salir. Castilla del Pino (80) llega a tacharle de conformista: «Baroja, sugestivo en nuestra adolescencia, nos resulta ahora a muchos un rebelde y, por tanto, un conformista (...) la rebeldía de Baroja puede, en fin, ser perdonada, porque es rebeldía, no subversión (...) puede ser (...) asumida por el sistema».

A partir de la edad media de la vida la personalidad de Baroja quedó fijada y apenas cambió con los años. En opinión de Benet (81): «No mudó nada (...) permaneció impertérrito y supo guardar una cierta flema no sólo ante las modas y corrientes literarias sino de cara a las numerosas e intensas convulsiones que se produjeron en sus 50 ó 60 años de vida más activa (...). Aquel continente tranquilo (...) estaba sustentado por un esqueleto indeformable (...), era un castillo inexpugnable y del desencanto había hecho su primera línea de defensa». En la misma línea pero con acentos más duros, Vázquez Montalbán (82) afirma que la personalidad de nuestro autor quedaría marcada por el «egotismo, narcisismo, subjetivismo condicionados por la situación y talante pequeño burgués que caracterizaba la generación del 98».

Baroja defendió rabiosamente su individualismo como los indomables personajes de sus novelas de aventuras. Pero, en opinión de Castilla del Pino (83), la defensa no fue gratuita: «Sus novelas de aventuras son expresión de la libertad anhelada, siempre más allá de este circunscrito hábitat (...) pero el anhelo de libertad se paga con un precio habitual: el fracaso». En efecto, tras una cierta satisfacción por el renombre adquirido, D. Pío acentuó su escepticismo hacia el mundo y sus instituciones. Como dice Vázquez Montalbán (84) «sentía alergia de cualquier respuesta comunitaria (...), la iglesia, los partidos, las naciones, los pueblos». En su tertulia, según comenta Benet (85), «se enseñaba que no había que prestar demasiada atención a una serie de palabras altisonantes, sobre todo algunas que vienen a definir ciertos objetivos (...) como la felicidad, el éxito, la fortuna, el poder (...) en aquella casa lo que mejor se explicaba era el desencanto (...) se enseñaba a perder toda clase de confianza en el entusiasmo».

D) DINAMICA PULSIONAL

a) La disociación erótico-afectiva

Tanto en la vida como en la obra de Baroja se observa una tendencia a separar netamente a las mujeres en dos grupos principales, bien diferenciados: aquellas susceptibles de ser amadas, a las que describe con las mejores virtudes (imágenes maternas) y aquellas otras que él llama «amorosas», objeto de deseo sexual, a las que pinta con pinceladas desgarradas y atemorizantes (imágenes de prostituta). Baroja define a las primeras, por boca de Fermín Acha, en «El cabo de las tormentas» como propensas a la vida familiar, protectoras hacia el hombre, fieles, comprensivas, amantes de los niños, entendiendo el sexo como un medio y nunca como un fin y con firmes convicciones morales. Bergasa, en un censo (86) de las mujeres que aparecen en la obra de D. Pío, incluye entre ellas a la madre y a la abuela de Silvestre Paradox, a la

esposa de Fernando Osorio de «Camino de perfección», a la hija del Dr. Aracil (en la trilogía «La raza») a la hermana de Andrés Hurtado y a la guardesa de la casa de Alcolea, donde vive Andrés en «El árbol de la ciencia», a la abuela de Murguía en la «Sensualidad pervertida», a Madame Latour, encargada de «El hotel del cisne», entre otras muchas. Entre las imáges que Baroja define como «de tipo amoroso» (de prostituta) Bergasa incluye a numerosas mujeres de vida fácil y disipada, desinteresadas por el hogar, pasionales, frívolas, que buscan el sexo como un fin, inmaterialistas y amorales.

Baroja describe otros tres tipos de mujeres: «intelectuales», en general extranjeras, por las que muestra cierto escepticismo aunque una velada admiración; «amargas», masculinas y hostiles; «inmunsculadas», débiles y abandonadas a su suerte.

Cuando intenta Baroja fundir en una sola las imágenes de mujer «maternal» y mujer «sexuada», le resulta imposible. En «El hotel del cisne», narra con el nombre de «preparativo de viaje» (87), un sueño en que monta en un tren conducido por una mujer:

«-¿Qué vamos a hacer? -le pregunto a la mujer, que es la conductora.

-Ahora bajaremos ese monte.

-¿Y luego?

-Luego, ya verá Vd.

-Bien, está bien.

Veo que la mujer que conduce lleva ahora un antifaz negro. ¿Para qué? No lo sé.

Se me ocurre fumar, lo que hace tiempo que no hago. Saco un cigarro, enciendo una cerilla y la tiro con desdén a un automóvil viejo próximo. Al choque de la cerilla, el automóvil presenta primero un punto brillante, va éste aumentando de tamaño y después se extiende a

todo el coche, que inmediatamente queda rojo como un ascua. El automóvil baja la cuesta del monte incendiando cuanto encuentra a su paso. La mujer que dirige la fila de vagonetas hace marchar su aparato con habilidad y va detrás del automóvil incandescente.

Por en medio del campo cruzan ahora grandes trenes, entre llamas, a gran velocidad. El lago se ilumina con la luces rojas.

"¿Qué va a pasar aquí? -pienso-. Esto es algo del Apocalipsis".

Llegamos a un túnel, y en medio de él, veo un agujero, una sima enorme.

-Estamos perdidos -digo yo-. Aquí no hay salvación.

-No, por ahí vamos a bajar -contesta la conductora amablemente.

-Pero ¿Por dónde?

-Por ahí, le digo a Ud.

-Eso es imposible.

-Hay una cremallera y vera Ud. cómo nuestro tren marcha muy bien. No crea usted que es tan malo.

Efectivamente, el tren de vagonetas entra en la sima y va pegado a la pared como un ciempiés. Baja de una manera vertiginosa y sale a una magnífica plaza de un pueblo de grandes palacios y una enorme catedral blanca. Los ventanales de ésta, cubiertos de vidrieras de colores, están iluminados por el sol poniente. Al llegar allí, nos detenemos. Todos los altos próximos están ardiendo. Las llamas no llegan a la ciudad.

En la plaza hay una fuente gótica como la de Nuremberg.

El agua es clara, limpia, cristalina y sobre ella hay rosas de todos los colores.

-¡Qué belleza! -digo yo.

Entonces la mujer da un grito. Se quita el antifaz, y veo que no tiene cara, sino una calavera.»

La mujer deseada se convierte de inmediato en peligrosa, símbolo de la muerte, de la misma forma que en otros sueños las flores entregadas a mujeres aparecen marchitas. Baroja experimenta el mismo sentimiento aterrador que Ferenczi (88) y Freud (89 y 90) atribuyen a la petrificante mirada de la Medusa: el temor a la castración.

En otro sueños del mismo libro se aprecia también esa visión de la mujer como un personaje temible cuyo acercamiento resulta peligroso. En «La dama del mar» (91), mientras está él mirando el mar en el golfo de Gascuña, aparece una muchacha que se coloca «... con la cara hacia el mar y la espalda hacia la tierra. Va con el pelo suelto y apenas lleva ropa. Cuando la miro, veo que tiene una cara resplandeciente y unos ojos verdes profundos. Me mira y sonrío. Luego canta y yo la oigo, maravillado. Ella me habla con entusiasmo de los abismos del mar. De pronto, comprendo que hay un peligro y me lanzo al otro lado de la carretera, donde no se ve el mar. Y me voy alejando de allí sin volver la cabeza, porque temo que esta sirena o esta náyade me arrastre al fondo del océano».

De la misma manera, en «Las tres gracias» (92), galantea con tres mujeres que pronto se convierten en «... viejas arrugadas y desdentadas (que) tienen una expresión agria y amenazadora y juegan con unos lagartos y escorpiones». La mujer se vuelve, en este sueño, activamente peligrosa a través de fantasías de «vagina dentada».

En «Licantropía» (93) sueña que se ha convertido en una fiera y piensa en atacar a Dorina, una vecina de «El hotel del cisne»: «En el primer rellano de la escalera la encuentro. Tiene en la mano un palo. Aquí surge la tragedia.

-Pagani -me dice con energía-, ¡a la cama!

-Pero si soy un loup-garou, Dorina.

-Le he dicho a Ud. que a la cama, ¡imbécil!

Dorina se acerca a mí con el palo levantado y yo huyo rápidamente y me encuentro en la cama». En esta ocasión la mujer es temida por la posesión de un pene amenazante, en referencia a fantasías de «madre fálica» (94).

En el sueño «Julietta en el balcón» (95) el motivo del temor no es, en cambio, la propia mujer sino su padre. Penetra en la habitación de su novia por el balcón y es sorprendido por el padre de Julieta. Huye: «Al final veo una puerta, pero al ir noto que hay unos perros o lobCJs que guardan la salida y que me miran con rabia, con los ojos brillantes». Aparece, pues, el conflicto triangular, edípico, que en los anteriores sueños no quedaba reflejado.

b) Los sentimientos de castración

El resultado es el temor a la castración, la timidez sexual (96). Julio Caro Baroja (97) niega la acusación de misoginia de D. Pío. «Siempre, dice, gustó (...) del trato con ellas (las mujeres) (...) la literatura barojiana está llena de encantadoras y enigmáticas siluetas femeninas: yo creo que hasta muy idealizadas». D. Julio confirma la aversión de D. Pío por las expresiones explícitas de la sexualidad: «Un rasgo que le caracterizó siempre (...) fue el del pudor, un pudor extraordinario. Pocas veces se hablaba en su tertulia de temas escabrosos, sexuales, aunque de viejo le gustaba hablar del amor como de algo fundamental en su vida».

D. Pío justificó su timidez sexual con racionalizaciones. Señalaba, por una parte, que la actividad sexual estaba rodeada por aquella época de peligros por las enfermedades venereas: «Comprobar y evidenciar la

podredumbre que acompaña la vida sexual, hizo en mí una angustiosa impresión» (98). Por otra parte, casarse requería dinero y suponía someterse (99): «Yo, desde la juventud, vi claramente el dilema y siempre dije: No; antes la enfermedad, antes la histeria, que la sumisión. La enfermedad y la histeria han venido a posarse en el fondo de mi conciencia. Si yo hubiera podido seguir mis instintos libremente en esa edad trascendental, que va de los quince a los veinticinco años, hubiera sido un hombre tranquilo, quizás un poco sensual, quizás un poco cínico, pero seguramente, nunca un hombre rabioso. La moral de nuestra sociedad me ha perturbado y desequilibrado. Por eso la odio cordialmente y le devuelvo, cuando puedo, todo el veneno de que dispongo. Ahora que, a veces, me gusta dar a ese veneno una envoltura artística... Casi me hubiera alegrado de ser impotente».

Aunque era respetuoso con las mujeres, en cuya presencia se mostraba sumamente cortés, («Casi nunca ante la gente de casa dijo palabras malsonantes, ni permitía que se dijeran, sobre todo si había mujeres», según Caro Baroja (100)), tenía un pobre concepto de su moralidad. En «Las horas solitarias», hablando de una vecina «hija malcriada y luego esposa infiel», comenta que, al principio pensó que era un caso concreto, pero luego llegó a la conclusión de que, en realidad, todas las mujeres son así dado que el sexo las nivela. Muestra, pues, D. Pío en ocasiones, una concepción degradada de las mujeres pero no se observan ni en su vida ni en los temas de su obra el voyeurismo (101) o la agresividad (102) que se han descrito en las obras de otros artistas criticados como «misóginos».

En Baroja más que la hostilidad se pone en evidencia el temor a la mujer. Encuentra la solución en el apartamiento de la mujer y en el sofocar el instinto sexual a base de dieta, como Andrés Hurtado o Luis Murguía de «La sensualidad pervertida» (103). Lo mismo le ocurre a José Larrañaga, quien, ante la posibilidad de una experiencia tardía amorosa en París, ve arreciar sus temores a la mujer: «El caso fue que en una de estas excursiones no volvimos a Rotterdam hasta las 2 de la

mañana y fuimos a un hotel... al degolladero». Expresa sus temores a su amada: «Es fácil dejarse llevar por el instinto; pero luego viene la catástrofe». Cuando la mujer muere Larrañaga siente, en realidad, un alivio al enfrentarse a su solitaria vida futura: «Soy un hombre que sólo tiene la aspiración a la vejez tranquila, a la inmovilidad y al gusto por la rutina».

La renuncia a la mujer hace surgir algunas fantasías de contenido latente homosexual. A nivel consciente son firmemente rechazadas y, así, Baroja se muestra «escandalizado» de que sus compañeros de colegio tildaran de homosexual a un hombre. Sin embargo, son detectables en sueños, como las que se insinúan en «El hotel del cisne», en «Un pueblo hundido en tierra» (104): «Voy con un irlandés por delante de iglesias y palacios (...) me encuentro con un hombre joven que quiere acompañarme. Me explica la historia del barrio, mientras cruzamos una casa y otra y otra (...) luego va tomando un aire de amenaza (...) se sienta en un bazar, luego abre una puerta de este bazar y me dice que salga. Me meto por un subterráneo y salgo al campo. Yo comprendo el peligro y no quiero avanzar más, y entonces me despierto».

c) El manejo de la agresividad

Baroja manifiesta su aversión por la agresividad actuada pero narra, desde la infancia temprana, frecuentes recuerdos de escenas agresivas. Así, entre los primeros recuerdos de su infancia en San Sebastián (105), narra un drama que se desarrolló en el edificio en que vivían en el que una sirvienta intentó envenenar a sus amos. De la época infantil de Madrid se le quedaron muy grabadas dos ejecuciones y dice que le producía un gran terror y desagrado el cuento de un pastor a quien otro asesina y descuartiza. El interés por los asesinatos y ajusticiamientos, como sublimación de la agresividad, continuaría a lo largo de toda su vida, como refiere con frecuencia. Tal afición, al margen de suponer una sublimación de pulsiones agresivas, tenía sin duda que ver con su

vocación psicológica antes mencionada. Shepherd (106) ha ilustrado en forma interesante el paralelismo entre el espíritu del psicoanalista y el del detective privado en su trabajo sobre Freud y Sherlock Holmes. Pero, en el caso de Baroja, la agresividad también fue actuada. El mismo, cuando llega a Pamplona, cuenta que se peleó con frecuencia: «El primer día me pegué con otro chico a la salida de clase porque se había estado burlando de mi acento madrileño (...) entre nosotros, los chicos, se desarrollaban una brutalidad y una violencia bárbara (...) yo, al principio, tenía miedo, pero luego me lanzaba. No sé si era naturalmente brutal, pero había que serlo; porque entre los chicos el que no amenazaba y se pegaba estaba fastidiado para siempre. Me hincharon las narices muchas veces, pero ine resistí firme, di con todas mis fuerzas y llegué a hacerme temer. El que se entregaba estaba perdido. En aquella pequeña lucha por el prestigio había que ser bruto, jactancioso, sin compasión ni piedad. A un condiscípulo que se achicó cayeron sobre él los demás y le amargaron la vida».

Durante su vida, se mostró hostil (aunque con razones justificadas) con los profesores durante la carrera de Medicina, con su compañero médico en Cestona o con otros personajes que se cruzaron por su vida. Pero, principalmente, se mostró crítico y mordaz en su obra.

Como comenta Madariaga, Baroja había adquirido una fama de sincero, «cultivando el gesto desabrido y la actitud singular», siempre en contraste con la opinión aceptada. Es posible que su agresividad correspondiera en parte a una postura premeditada de hacerse notar. Así, en «Juventud, egolatría», «Las horas solitarias» (107), «La caverna del humorismo» (108), «Momentum catastrophicum» (109) y «Paradox rey» (110) no deja títere con cabeza de las personas e instituciones de su época en una diatriba sistemática que parece deliberada. Sin embargo, sus espontáneas y con frecuencia desmedidas, críticas hacia cualquiera, desbordan una explicación semejante. Algunas se referían al aspecto físico, que tanto le preocupaba. Así de Gustavo Khan dijo: «era un judío pequeño y raquítico que se mostraba muy agriado». De Osear Wilde que «era

demasiado alto (...) y un tanto destartado (...) tenía una cara larga y un poco caballuna; las manos enormes, así como flácidas y muertas (...) daba la impresión de un fantasma (...) parecía un hombre vulgar». De López Pinillos diría: «era un tipo repugnante, un andaluz gordo, seboso, con el pelo rojo como de virutas, y que hablaba a todo el mundo con una cólera incomprensible». Otras críticas se dirigían al modo de ser de algunos de sus contemporáneos. Baroja criticó, por ejemplo, a Ortega y Gasset por la fe que había puesto en Lerroux, pero lo cierto es que Ortega nunca militó en ese partido y Baroja sí. Comenta Caro que con frecuencia decía de la gente: «era un hombre de carácter insorportable», «era un terrible embustero», «era un hombre de cuidado». Así en cinco o seis minutos despachaba 70 años de literatura española y luego sonreía con placidez.

Sin embargo, al menos a partir de la edad madura, no era, como bien dice su sobrino Julio Caro Baroja (111), el hombre «malhumorado, hosco y hasta grosero que han pintado algunos aficionados al chafarri-nón (...) Era en casa un oso tranquilo, dulce, sonriente, al menos en apariencia. Los osos parecen que ríen, pero su zarpa es peligrosa (...) Mi tío hacía su obra y se recluía como un hijo de familia, que había aceptado la soltería de modo resignado (...) Todos los días hacía las mismas o muy parecidas cosas. En su vejez, tuvo una sensación mayor que nunca de que la vida no tiene objeto ni fin concreto, pero no por eso se le agrió más el carácter (...) Creo que en un país de energúmenos, como España, mi tío era muy poco energúmeno».

En cualquier caso, en alguno de los sueños de «El hotel del cisne» se siente criticado o agredido por distintas personas que manifiestan haber sido maltratadas por él en sus obras, en expresión de culpa por la hostilidad desplegada. Así, en «De historiador oficial» (112) sueña que es nombrado historiador oficial, «(...) con uniforme y por real orden.

Voy paseando de pueblo en pueblo. Entro en una casa de campo en que hay mucha gente y mucha animación. Es un sitio bien arreglado, muy confortable.

Hay un joven sentado en un sillón con la cabeza apoyada en la mano y el mirar melancólico.

-¿Qué le pasa a usted? -le pregunto.

-Aquel joven que puso usted en su libro y le llamó usted convaleciente de una enfermedad era yo -me dice.

-No recuerdo nada, ni creo que le he visto nunca a usted.

-Sí; era yo. Me vio usted paseando por el campo, le dijeron que estaba enfermo, y dijo usted en su libro: "Era un joven moreno y alto, con los ojos negros". Me ha fastidiado usted.

-¿Por qué?

-Todo el mundo me lo ha dicho.

-Bueno, está bien. Me voy de aquí.

-Sí, sí, márchese usted.

-¿Por qué?

-Porque ustedes son muy materialistas.

-Bien. No quiero oír más necedades.

Salgo de la casa, marchó por la carretera y me encuentro con un cura que me saluda. Hablamos de los manzanos y de los perales, y luego el cura me dice en voz insinuante:

-A mí también me ha perjudicado usted mucho, porque ha dicho usted de mí: "Era un cura alto, flaco, que llevaba un sombrero de teja muy pequeño." Todo el mundo ha pensado que era yo.

-No comprendo esa estupidez -le he dicho yo-. Creo que hay otros curas altos y flacos y con sombrero pequeño, además de usted.

El cura me ha mirado sonriendo con una sonrisa triste, como si estuviera en el martirio, y se ha alejado de mí.

Al llegar al pueblo he visto que mucha gente echaba a correr desparvorada, porque decía que yo los iba a sacar en algún libro.»

Se pone en evidencia en este sueño la curiosa actitud de D. Pío hacia el manejo de la agresividad: Agredía, a menudo cruelmente, y luego se mostraba sorprendido ante los resultados. Pero tal ingenuidad era sólo aparente porque conocía bien el contenido tanático del inconsciente humano y por lo tanto del suyo propio. Así diría en «Juventud Egolatría» (113): «decir a un hombre que su amigo íntimo ha tenido una gran desgracia. Su primer movimiento es de alegría (...). Ese hombre podrá poner al servicio de su amigo su fortuna, si la tiene, y su vida; todo esto no impedirá que su primer movimiento de conciencia al saber la desgracia de una persona querida haya sido un movimiento turbio, muy próximo al placer».

E) VICISITUDES NARCISISTAS

Baroja, tuvo en la adolescencia grandes aspiraciones de éxito, con un ideal de sí mismo alto aunque no lo confesara sino parcialmente (114): «nunca, dice, creí que fuera un genio, pero sí que había en mí ciertos rasgos de imaginación y talento, que siempre he procurado resaltar». Tenía, en contrapartida, una autoestima muy precaria lo que le planteó dificultades narcisistas.

No tenemos datos suficientes para indagar en el papel jugado por las relaciones con sus padres en la génesis de esas dificultades. Julio Caro nos cuenta que, en los últimos años de vida de la madre de Baroja, «su carácter se hizo algo más irritable y su tristeza natural aumentó». Esa observación concuerda con la descripción que el propio Baroja nos da de la personalidad de su madre como seria y afectivamente lejana. Se ha descrito (115) que en el infancia de muchos individuos con personalidades narcisísticas la madre proyectó sus propias tensiones y estados de ánimo al hijo lo que llevó a una empatía defectuosa. Se han encontrado

también en la constelación familiar de esas personalidades (116) madres sobreprotectoras con frialdad crónica y rasgos narcisistas. Kernberg señala cómo las propias fijaciones narcisistas del padre que le impiden responder a las necesidades del hijo pueden contribuir al daño narcisista de éste. Ya hemos visto cómo el padre de D. Pío pareció preocuparse más de sí mismo que de las necesidades afectivas de sus hijos. De hecho, cuando se acercó más a Pío fue cuando, ya de adulto, el éxito de éste alimentó sus propias necesidades narcisistas.

D. Pío se mostró siempre muy preocupado por su apariencia física y quejoso de su aspecto anodino (117): «Yo no he tenido nada particular como tipo (...) soy un hombre ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni muy rubio ni muy moreno (...) al igual que mi madre he sido dolicocefalo (...) en mis movimientos he sido siempre torpe (...) la opinión femenina no me fue nunca favorable». Sus personajes autobiográficos tienen también con frecuencia ese aspecto anodino. Como comenta Bergasa (118), pensaba que los retratos que le habían hecho no correspondían a la realidad y dibujó, de hecho, un autorretrato que resultó tan parecido a él como de hecho lo eran los otros.

Por otra parte, estaba descontento de su carácter (119); «Yo no soy ni he sido un tipo fuerte y duro de voluntad energética, sino más bien flojo y un tanto desvaído; más un tipo de final de raza que de comienzo». Se encuentra vulnerable por su exceso de sensibilidad y describe esa sensación con palabras que parecerían tomadas de alguno de los pacientes que menciona Anzieu (120): «mi sensibilidad era como un órgano sin revestimiento, sin piel; así, el más pequeño contacto con la aspereza de la vida española me hacía daño». Se confiesa, en ese sentido, excesivamente hiperestésico y susceptible a las opiniones de los demás: «Quizá mi mayor pecado haya sido el orgullo (...) yo, de humilde, no tengo ni he tenido más que rachas un poco budistas». En el plano social, aunque Baraja afirmaba que no le preocupaba nada la nobleza, buscó blasones y ejecutorias en las librerías de viejo y, en su casa de Vera, restauró el escudo de los Alzate. De la misma manera, quedó muy complacido cuando fue elegido académico.

Por todo lo anterior, el peor insulto que se le podía aplicar era considerarle mediocre y parece que recibió un sin número de observaciones negativas sobre su valía en la niñez y la adolescencia, épocas tan cruciales en el robustecimiento de la autoestima. En San Sebastián, su maestro, D. León, dijo un día, a modo de pronóstico, refiriéndose a él: «éste va a ser tan cazurro como su hermano». Alguien dijo de él, de niño, que era un zulú «palabra (dice D. Pío) que entonces se empleaba mucho para calificar a un salvaje y a un bruto». En Pamplona, un profesor le dijo que no llegaría a ser ingeniero como su padre y que no haría nada de provecho en su vida. En Madrid un catedrático, dirigiéndose a él, habló de los vascos como personas de mandíbula «batiente» y más bien obtusas. Baroja cuenta, así mismo, que su anticlericalismo se debió al mal trato que le dio D. Tirso Larregui, un cura de Pamplona. De la misma manera, recordó siempre los supuestos agravios de Gómez de la Serna, del pintor Solana y del catedrático Letamendi. Baroja no perdonaría nunca estas heridas narcisistas y, como dice Ortega y Gasset (121), tal vez su extensísima producción literaria fue un intento de demostrar la inexactitud de las afirmaciones sobre su falta de talento. Por el contrario, nunca olvidó las contadas alabanzas que recibió por aquella época. Así, cierto día D. Pío se sorprendió de que uno de sus profesores dijera: «Usted señor Baroja tiene una inteligencia clara, que, si la aprovecha obtendrá fruto de ella».

Aún en la edad adulta, como comenta Sebastián Juan Arbó (122) continuó Baroja estando necesitado de amor, de ternura, sospechando que nadie le había querido, afirmación que pone en boca de uno de sus personajes. Comparaba de continuo su situación con la de otros personajes de la época: «A mí se me negó desde el principio el sitio entre la juventud literaria... a Valle Inclán se le alababa incondicionalmente. Hasta por su físico tuvo sus alabanzas aunque... tenía restos de escrófula en el cuello, la nariz un poco alcuza; los ojos turbios e inexpresivos, la barba rala y deshilachada y la cabeza piriforme».

Como vemos, pues, de entre los «reguladores externos» del narcisismo (116), Baroja no contó con muchas gratificaciones libidinales prove-

nientes de objetos externos. Por el contrario, a partir de una determinada edad, sí que obtuvo gratificaciones de metas yóicas y éxitos externos que contribuyeron a paliar su desmedida agresividad.

En cuanto a sus relaciones objetales en su aspecto libidinal, Baroja fue un hombre tímido, no sólo con las mujeres como hemos ya comentado sino, con todos los seres humanos. Así, dice Julio Caro (123): «Toda delicadeza era poca en el trato cotidiano, en la vida privada. Ya he dicho que mi tío raramente hizo confidencias. Con la persona que respetaba más en los últimos años de su vida, es decir, con mi madre, no creo que tuviera secreto alguno. Pero tampoco le abría demasiado su corazón. A mí creo que aún menos. En parte porque me consideraba como a un hijo, con el que todo pudor es poco, en parte también porque creía que yo era dado a análisis psicológicos y sentimentales».

Aunque D. Pío tuvo amigos íntimos, fueron también, al parecer, más bien, admiradores, verdaderos «barojianos» identificados por una u otra razón con D. Pío y deseosos de ser aceptados por éste en el círculo reducido de sus amistades. Más tarde, con el éxito del escritor, vinieron a añadirse a esos amigos, en las tertulias que mantuvo en Madrid y en Vera, muchos curiosos y no pocos aduladores o arribistas deseosos de calentarse al sol de la fama del autor. Las relaciones de Baroja con estas personas no íntimas era más bien distante, como con un temor al acercamiento que podría llevar al riesgo de la dilución de la identidad o al dolor de la pérdida. D. Pío no afronta en sus escritos directamente esa actitud suya que sí puede, en cambio, colegirse, por ejemplo, a través de sus comentarios sobre el comportamiento de los gatos y perros: «El gato, dice D. Pío, es un animal independiente y divertido. Parece que a cada paso está diciendo: "no, no hay que extralimitarse conmigo. Cada uno que tenga su esfera de acción. Yo estoy aquí para cazar ratones; tengo derecho a comida y a una buena alfombra, o a un buen sillón cerca del fuego". Todos éstos son derechos inalienables, como dicen los abogados.

A los perros se les tiene más cariño; a los gatos yo al menos, sí, más estimación. El perro parece un animal de una época cristiana; el gato, en

cambio, es completamente pagano. El perro es un animal un poco histérico; parece que quisiera querer más de lo que quiere, entrega su alma al amo; el gato supone que un momento de sentimentalismo es una concesión vergonzosa. El gato realiza el ideal de Robespierre, de la libertad. Como bonito, no hay otro animal doméstico que se le asemeje. Tiene, además, su casta una fijeza y una inmovilidad aristocráticas; en cambio, el perro es una masa blanda con la que se hace lo que se quiere».

Baroja parecía no establecer verdaderas relaciones íntimas con las personas. Los datos de que disponemos hablan más bien de una fusión primitiva entre el self y el ideal del yo del autor, con procesos concomitantes de desvalorización de los objetos externos como forma de evitar los conflictos y las frustraciones correspondientes. Si criticaba a las mujeres y a los hombres con los que trataba era porque el reconocer su bondad como «objetos» y el depender de ellos, le hubiera producido envidia. La constatación de que los «objetos» exteriores tenían las cualidades valiosas que él había atribuido sólo a sí mismo le resentía y le provocaba sentimientos de venganza. Por ello procuraba evitar las relaciones de dependencia con los «objetos» desvalorizándolos. La desvalorización es una defensa narcisista contra la envidia y la pulsión de muerte (124). En sus últimos tiempos, D. Pío dio muestras, al parecer, de padecer algún síntoma del síndrome de Cotard en que los pacientes que lo sufren utilizan masivamente la negación (125) y aseguran hallarse muertos en vida, aunque, paradójicamente, afirman que estarán en ese estado durante toda la eternidad. En efecto, cuenta tulio Caro que, oyendo hablar D. Pío de la muerte y entierro de un conocido pregunto: «¿Y yo, cuándo me he muerto?. Y, a mí cuándo me van a enterrar?».

NOTAS

- (1) José Alberich, en el capítulo 1 de su obra «Los ingleses y otros temas de Pío Baroja» (Alfaguara, Madrid, 1966, págs. 12-36) destaca el agnosticismo, la exaltación de lo vital, el individualismo y la sentimentalidad como características fundamentales de Baroja.
- (2) Sebastián Juan Arbó, en su obra «Pío Baroja y su tiempo» (Ed. Planeta, Barcelona, 1963) nos ofrece una completa biografía de D. Pío, repleta de anécdotas bien documentadas, indispensables para acercarse al perfil psicológico del autor.
- (3) Fernando Baeza, autor de la más completa recopilación de la crítica sobre Baroja («Baroja y su mundo», Ed. Arion, Madrid, 1961), en la que colaboran directamente más de 25 autores y han sido antologizados otros 75, dice (t. 1, págs. 4 y 5) que Baroja tenía «un temperamento arriscado e insobornable», que deseó ser un moralista y fue «un alma sumamente compleja». Añade que para comprender a D. Pío es necesario tener presente su extrema soledad, que sería equivocado considerar como uno «solipsismo... aislamiento de los hombres, construcción de un refugio desdeñoso a la vez que confortable».
- (4) Francisco Bergasa, en «Baroja, las mujeres y el sexo» (Ed. Nacional, Madrid, 1973) realiza un documentado y acertado estudio de la personalidad de Baroja. Al margen de sus comentarios sobre la mujer y el sexo (págs. 301-349 y 355-429), merece destacarse su capítulo sobre «La perversión de la sensualidad» (págs. 121-237).
- (5) El Dr. Cabezas, en su Tesis Doctoral «Pío Baroja y La Medicina» (Universidad de País Vasco, 1989, dirigida por el Dr. José Luis Goti) realiza un completo estudio sobre la importancia de la Medicina en la personalidad de Baroja.
- (6) Julio Caro Baroja, la persona más cercana a D. Pío, en el capítulo V de su libro «Los Baroja» (Taurus, Ed., Madrid, 1972, págs. 71-86) perfila algunos aspectos de la personalidad de su tío y dice que, aunque Baroja, de joven «había sido hueraño, áspero e insociable» no tenía «el carácter malhumorado hosco y grosero que han pintado algunos aficionados al chafarrión». Comenta que, en la edad media de la vida, el éxito literario le mejoró el carácter. En su trabajo «Recuerdos», incluido en el tomo 1 de la obra de Fernando Baeza «Baroja y su mundo» (Ed. Arion, Madrid, 1961, págs. 34-73), señala que D. Pío se parecía más a su madre, encarnación del

«puritanismo» que a su padre, representante de cierta vena de «bohemia» que había en la familia.

- (7) Demuth, Helmuth: Pío Baraja: Das Weltbild in seinen Werken. Tesis doctoral, Hagen, 1937.
- (8) Teresa Guerra de Gloss, en el capítulo 1 de su obra «Pío Baraja en sus Memorias» (Playor, Madrid, 1934, págs. 24-99) estudia con acierto la relación de Baraja con las mujeres. Se detiene, así mismo, en el comentario de algunos rasgos de su carácter, como el pesimismo, el egoísmo, la agresividad, el individualismo y la curiosidad.
- (9) Luis Sánchez Granjel, quizás el más destacado crítico barojiano, en su obra «Baraja y otras figuras del 98» (Ed. Guadarrama, Madrid, 1960), con el título «El retrato onírico de Pío Baraja» (págs. 53-83), estudia los sueños narrados en «El hotel del cisne» y describe, desde una perspectiva con ribetes jungianos, a un Baraja con conciencia de su fracaso como hombre, con deseos de fuga de la realidad.
- (10) José Ortega y Gasset, en su ensayo «Ideas sobre Pío Baraja» (El espectador, t. I, Madrid, 1916) considera que el Baraja de aquellos años escribía «para satisfacer una necesidad psicológica suya, personalísima (...) no le parece una idea digna de ser pensada si no contiene una impertinencia; esto es si no es una idea contra algo o alguien». Encuentra en el fondo de esa actitud la timidez: «timido es el hombre preocupado por su propia defensa».
- (11) Miguel Pérez Ferrero, en «Pío Baraja en su rincón», (Ed. Internacional, San Sebastián, 1941) nos ofrece una de las primeras biografías de D. Pío, con prólogo del propio Baraja y epílogo de Azorín.
- (12) Juan Uribe de Echevarría en «Pío Baraja, estilo, personajes» (Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1969) estudia, en uno de los capítulos, los personajes barojianos y señala que «la mitad, por lo menos, de sus héroes son variantes del propio Baraja». Considera, sin embargo, que es injusto afirmar, como lo han hecho tantos críticos después de Ortega, que ello le impedía desdoblarse en criaturas ajenas al propio existir.
- (13) Carlos Castilla del Pino: «Baraja: Análisis de una irritación», en J. Benet (Ed.) «Barojiana», Taurus, Ed., Madrid, 1972, págs. 47-47.
- (14) Juan Benet: «Barojiana», Taurus, Ed., Madrid, 1972, págs. 11-47.
- (15) José Guimón: «Baraja y la Medicina», Temas y Monografías, 4, Barcelona, 1966, págs. 47-54.
- (16) José Guimón: «Vocación y ética médicas en Baraja», Temas y Monografías, 5, Barcelona, 1966, págs. 30-39.
- (17) José Guimón: «Los médicos en la obra de Pío Baraja», La Gaceta Médica del Norte, Bilbao, 3, 1967.
- (18) José Guimón: «Las ideas médicas de Pío Baraja», Revista de Occidente, 62, Madrid, 1968, págs. 225-244.

- (19) José Guimón: «Baraja y la Psiquiatría», Letras Deusto, 2, 4, Bilbao, 1972, págs. 226-234.
- (20) José Guimón: «Baraja y el Psicoanálisis», Mesa redonda sobre Pío Baroja, con la colaboración de Cabezas, Caro Baroja, Goti, Guimón, Sánchez Granjel. Aula de Historia de la Medicina, Universidad del País Vasco, Lejona, 1989.
- (21) José Guimón: «Psicoanálisis de Baraja», Conferencia en la Asociación Psicoanalítica de Madrid, Enero de 1990. Los comentarios de los Drs. Crespo, Grinberg, Paniagua, Rodríguez, Tomás y Valdivieso me resultaron del máximo interés para profundizar en la comprensión del autor.
- (22) Camilo José de Cela: «Recuerdo de Pío Baraja», en F. Baeza (Ed.) «Baraja y su mundo», Arion, Madrid, 1961, t. 11, págs. 350-351.
- (23) Gregorio Marañón: «Contestación al discurso de ingreso de D. Pío Baroja en la Academia Española», en F. Baeza (Ed.) «Baraja y su mundo», Arion, Madrid, 1961, t. II, págs. 213-223.
- (24) Juan Antonio de Zunzunegui: «Entorno a D. Pío Baraja y su obra», en F. Baeza (Ed.) «Baraja y su mundo», Arion, Madrid, 1961, t. II, págs. 365-383.
- (25) Salvador de Madariaga: «Pío Baraja», en F. Baeza (Ed.) «Baraja y su mundo», Arion, Madrid, 1961, t. II, págs. 121-130.
- (26) Ramón Gómez de la Serna: «Pío Baraja», en F. Baeza (Ed.) «Baraja y su mundo», Arion, Madrid, 1961, t. U, págs. 235-250.
- (27) Azorín: «Cambios de Valores», en F. Baeza (Ed.) «Baraja y su mundo», Arion, Madrid, 1961, t. II, págs. 265-267.
- (28) Pío Baraja: «Memorias» (1944), O.C. t. VII, págs. 387-1.364.
- (29) Pío Baraja: «Juventud, Egoíslria» (1917), O.C. t. V, págs. 155-229.
- (30) Pío Baroja: «El árbol de la ciencia» (1911), O.C. t. II, págs. 447-570.
- (31) Pío Baraja: «La sensualidad pervertida» (1920), O.C. t. II, págs. 846-994.
- (32) Pío Baraja: «Agonías de nuestro tiempo» (1926), O.C. t. I, págs. 1.049-1.389
- (33) Pío Baraja: «El hotel del cisne» (1946), O.C. t. VIII, págs. 203-347.
- (34) Pío Baraja: «Divagaciones apasionadas» (1924), O.C. t. V, pág. 492.
- (35) Pío Baraja: «Galería de tipos de la época» (1947), O.C. t. VII, pág. 923.
- (36) Pío Baraja: «Siluetas de bohemios» O.C. t. V, pág. 649.
- (37) Pío Baraja: «El escritor según él y según los críticos» (1944), O.C. t. VII, pág. 435.
- (38) Pío Baraja: «Las veleidades de la fortuna» (1926), O.C. t. I, pág. 1.250.
- (39) Pío Baraja: «El escritor según él y según los críticos» (1944), O.C. t. VII, pág. 435.
- (40) Pío Baraja: «Los enigmáticos» (1948), O.C. t. VIII, pág. 414.
- (41) Pío Baraja: «Pequeños ensayos» (1943), O.C. t. V, pág. 1.067.
- (42) Pío Baraja: «Bagatelas de oíofio» (1949), O.C. t. VII, pág. 1.310.
- (43) Pío Baraja: «Artículos» (1934), O.C. t. VII, pág. 1.104.
- (44) Pío Baraja: «Juventud, Egoíslria» (1917), o. citada, pág. 170.
- (45) Pío Baraja: «Las veleidades de la fortuna» (1926), O.C. t. I, pág. 1.252.

- (46) Pío Baroja: «Las horas solitarias» (1918), O.C. t. V, págs. 229-367.
- (47) Pío Baroja: «Final del siglo XIX y principios del XX» (1945), O.C. t. VII, pág. 662.
- (48) Pío Baroja: «La intuición y el estilo» (1948), O.C. t. VII, págs. 965-1.100.
- (49) Pío Baroja: «Familia, infancia y juventud» (1944), O.C. t. VII, págs. 495-657.
- (50) Pío Baroja: «Artículos» o. citada, pág. 1.104.
- (51) Pío Baroja: «Las veleidades de la fortuna» (1926), o. citada, pág. 1.250.
- (52) Pío Baroja: «El hotel del cisne» (1946), o. citada, pág. 207.
- (53) Pío Baroja: «La intuición y el estilo» (1948), O.C. t. VII, pág. 1.079.
- (54) José Ortega y Gasset, en «Una primera vista sobre Baroja» («La lectura» LIII, págs. 349-379, Madrid, 1915), refiriéndose a la admiración de Baroja por Nietzsche, propone una aguda explicación para la tendencia de Baroja a plasmar en sus obras las vidas de aventureros: «¡Es tan raro que Baroja admire! Pues se debe (la admiración) a que Nietzsche ha descubierto "el ideal del superhombre", que, en su opinión, es "el carnívoro voluptuoso errante por la vida". Esto quisiera ser Baroja, y ya que no lo es, sino todo lo contrario, un asceta calvo, lleno de bondad y de ternura, que deambula calle de Alcalá arriba, calle de Alcalá abajo, aspira a completarse construyendo o personajes que se parezcan a su ambición. ¡Qué cosa más melancólica! Baroja vendería su puesto en el Parnaso a quien le pusiera dos colmillos de tigre en la boca (...) en las "Memorias de un hombre de acción" va contando por lo largo Pío Baroja las andanzas de su tío Eugenio Aviraneta. (...) El sobrino se venga de su vida contándonos la vida de su tío».
- (55) Luis Sánchez Granjel, en «Retrato de Pío Baroja» (Ed. Barna, Barcelona, 1953, págs. 169-210) divide a los personajes barojinos en: 1. Personajes-espectadores; 2. personajes en huida de sí mismos; 3. abúlicos y nietzscheanos; 4. grandes activos y aventureros. En estos últimos, realiza Baroja lo que no llegó a ser, sus inquietudes y sueños juveniles: «forman este grupo de personajes barojianos una pululante multitud de marineros de altura, aventureros y contrabandistas, guerrilleros e intrigantes».
- (56) Pío Baroja: «Las inquietudes de Shanti Andia» (1911), O.C. t. 11, págs. 995-1.159.
- (57) Pío Baroja: «Memorias de un hombre de acción» (1912-1921), O.C. t. III, págs. 7-1.199.
- (58) Pío Baroja: «Los pilotos de altura» (1929), O.C. t. II, págs. 1.331-1.454.
- (59) Pío Baroja: «La estrella del capitán Chemista» (1931), O.C. t. VI, págs. 131-254.
- (60) Pío Baroja: «Familia, infancia y juventud» (1944), O.C. t. VII, o. citada, págs. 522-525.
- (61) Pío Baroja: «Familia, infancia y juventud», o. citada, págs. 522-524.
- (62) Pío Baroja: «Ciudades de Italia» (1949), (Ensayos) O.C. t. VIII, págs. 699-799.
- (63) Pío Baroja: «La formación psicológica de un escritor» (1936), (Rapsodias) O.C. t. V, pág. 878.
- (64) Pío Baroja: «Familia, infancia y juventud», (Memorias) o. citada, pág. 571.
- (65) Pío Baroja: «El árbol de la ciencia» o. citada, págs. 444-569.
- (66) Pío Baroja: «Vidas sombrías» (1900), O.C. t. VI, págs. 976-1049.

- (67) Pío Baroja: «El árbol de la ciencia» o. citada.
- (68) Pío Baroja: «Juventud, Egoatría» o. citada.
- (69) Pío Baroja: «La dama errante», O.C. t. II, págs. 227-326.
- (70) Pío Baroja: «La ciudad en la niebla», O.C. t. II, págs. 327-445.
- (71) Pío Baroja: «Los enigmáticos» (1948), (Historias) o. citada, págs. 347-455.
- (72) Pío Baroja: «La casa de Aizgorri» (Trilogía «alma vasca»), (1900), O.C. t. I, págs. 1-50.
- (73) Pío Baroja: «Los pilotos de altura» (1929), O.C. t. II, págs. 1.331-1.454.
- (74) Pío Baroja: «Las inquietudes de Shanti Andia», o. citada.
- (75) Pío Baroja: «La estrella del capitán Chemista» (El mar) (1931), O.C. t. VI, págs. 131-254.
- (76) Pío Baroja: «La senda dolorosa» (Memorias de un hombre de acción), O.C. t. IV, págs. 695-804.
- (77) Pío Baroja: «La caverna del humorismo» (1919), O.C. t. V, págs. 393-491.
- (78) Juan Benet: «Barojiana», o. citada, pág. 38.
- (79) Juan Francisco Rodríguez: Comunicación personal.
- (80) Carlos Castilla del Pino: «Baroja: Análisis de una irritación», o. citada, pág. 62.
- (81) Juan Benet: «Barojiana», o. citada, págs. 32-33.
- (82) Manuel Vázquez Montalbán: «La pervertida sensibilidad de Pío Baroja», en J. Benet (Dir.): Barojiana, Taurus, Ed., Madrid, 1972, págs. 157-161.
- (83) Carlos Castilla del Pino: «Baroja: Análisis de una irritación», ob. citada, pág. 50.
- (84) Manuel Vázquez Montalbán: «La pervertida sensibilidad de Pío Baroja», o. citada, pág. 170.
- (85) Juan Benet: «Barojiana», o. citada, pág. 22.
- (86) Francisco Bergasa: «Baroja, las mujeres y el sexo», o. citada, págs. 303-348.
- (87) Pío Baroja: «El hotel del cisne», o. citada.
- (88) Sándor Ferenczi (1923) fue quien primero relacionó el símbolo mitológico del horror a la cabeza de la Medusa con el temor ante la visión de los genitales desprovistos de pene.
- (89) Sigmund Freud subrayó («The infantile genital organization», S. Ed. XIX, págs. 144, 1923) que Athenas lleva a la cabeza de la Medusa en su armadura y se convierte así en la mujer inabordable dado que su visión inhibe cualquier pensamiento de aproximación sexual.
- (90) Sigmund Freud, en 1933 («New introductory lectures. Lecture XXIX, Revision of dream theory», t. XI, pág. 24) volvió a relacionar la visión de la cabeza de la Medusa con el temor de castración.
- (91) Pío Baroja: «El hotel del cisne» (1946), o. citada, págs. 308-309.
- (92) Pío Baroja: «El hotel del cisne» (1946), o. citada, págs. 264-265.
- (93) Pío Baroja: «El hotel del cisne» (1946), o. citada, págs. 265-266.

- (94) Sigmund Freud («Fetichism» S. Ed. XXI, págs. 154-155, 1927) mantiene que el niño piensa que la mujer tiene un pene y que todo varón ha tenido terror a la castración ante la visión de los genitales femeninos.
- (95) Pío Baroja: «El hotel del cisne» (1946), o. citada, págs. 297-298.
- (96) Sigmund Freud atribuye («Female sexuality», S. Ed. XXI, pág. 229, 1931) al temor a la castración la inhibición sexual de algunos varones hacia la mujer.
- (97) Julio Caro Baroja «Recuerdos», en F. Baeza (Ed.) «Pío Baroja y su mundo», Arion, Madrid, 1961, págs. 35-74.
- (98) Pío Baroja: «El árbol de la ciencia», o. citada.
- (99) Pío Baroja: «Juventud, Egoatría» (1917), o. citada, pág. 171.
- (100) Julio Caro Baroja «Recuerdos», en F. Baeza (Ed.) «Baroja y su mundo», Arion, 1961, pág. 58.
- (101) El desagrado por el maquillaje y los adornos femeninos y el interés malsano por la contemplación del desnudo femenino en situaciones degradantes han sido relacionados con la misoginia. Charles Bernheimer («Degas's Brothels: Voyeurism and Ideology», en R. Howard Bloch y Frances Ferguson (Eds.), «Misogyny, Misandry, and Misanthropy», University of California Press, Berkeley, 1989, pág. 158) encuentra muestras de misoginia en los comentarios que Stéphane Mallarmé realiza sobre las bailarinas en su ensayo «Crayonné au théâtre» (Ouvres complètes, H. Mondor y G. Jean-Aubry (Ed.), París, 1945, pág. 304). Detecta también un deseo de degradar a la mujer en los grabados y pinturas de bailarinas y prostitutas de Degas. Cree ver un temor a la sexualidad femenina que induce a la misoginia en los comentarios que Paul Valéry realiza sobre las bailarinas a las que compara con medusas gigantes que «urgen a la prostitución» («Degas Danse Dessin» en Oeuvres, J. Hytier (Ed.) París, 1960, 2. pág. 1.173).
- (102) El tema de la violación es considerado como central en la actitud del misógino. Joel Fineman en su ensayo «Shakespeare's Will: The Temporality of Rape» (en R. Howard Bloch and Frances Ferguson (Eds.) «Misogyny, Misandry, and Misanthropy», University of California Press Berkeley 1989, págs. 25-77), ilustra la misoginia de Shakespeare con su texto «The Rape of Lucrece».
- (103) Pío Baroja: «La sensualidad pervertida», o. citada.
- (104) Pío Baroja: «El hotel del cisne» (1946), o. citada, pág. 253.
- (105) Pío Baroja: «Familia, infancia y juventud» (1944), o. citada, pág. 532.
- (106) Michael Shepherd: Freud y Sherlock Holmes, en prensa.
- (107) Pío Baroja: «Las horas solitarias» (1918), O.C. t. V, págs. 229-349.
- (108) Pío Baroja: «La caverna del humorismo» (1919), o. citada.
- (109) Pío Baroja: «Momentum catastrophicum» (1919), o. citada.
- (110) Pío Baroja: «Paradox Rey» (1906), O.C. t. 11, págs. 151-227.
- (111) Julio Caro Baroja, citado por Sebastián Juan Arbó en «Pío Baroja y su tiempo», Ed. Planeta, 1963, pág. 818.

- (112) Pío Baroja: «El hotel del cisne» (1946), o. citada, pág. 282.
- (113) Pío Baroja: «Juventud, Egoatría», o. citada.
- (114) Pío Baroja: «Familia, infancia y juventud», o. citada.
- (115) Heinz Kohut: «The restoration of the self», New York International Universities Press, 1977.
- (116) Otto Kernberg: «Normal Narcissism in Middle Age», en O. Kernberg: *Internal World and external reality*, New York, Jason Aronson, 1980, págs. 121-135.
- (117) Pío Baroja: «Familia, infancia y juventud», o. citada.
- (118) Francisco Bergasa: «Baroja, las mujeres y el sexo», o. citada, pág. 35.
- (119) Pío Baroja: «Familia, infancia y juventud», o. citada.
- (120) Anzieu: «Le moi peau», *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n.º 9, 1974, págs. 195-208.
- (121) José Ortega y Gasset: «Observaciones de un lector». (Una primera mirada sobre Baroja). «El espectador», t. Obras Completas, Revista de Occidente, Madrid, 1916.
- (122) Sebastián Juan Arbó: «Pío Baroja y su tiempo», Ed. Planeta, Barcelona, 1969.
- (123) Julio Caro: «Los Baroja», Madrid, Taurus, 1972.
- (124) Hanna Segal: «A Kleinian approach to clinical practice», New York, Jason Aronson, 1981.
- (125) Salomón Resnik: «Síndrome de Cotard y despersonalización», trabajo presentado a la Asociación Psicoanalítica Argentina, el 21 de Septiembre de 1954.

CONTESTACION DEL

Excmo. Sr. Prof. Dr. D. Juan Manuel de Gandarias Bajón
Presidente de la Real Academia de Medicina del País Vasco

Excmas. e Ilmas. Autoridades
Ilmos. Sres. Académicos
Sras. y Sres.

Oficiar como Padrino en la ceremonia de recepción de un nuevo Académico es un privilegio, equivale a un galardón. Más aún en este trance, motivo para mí de doble satisfacción, ya que al tiempo que he de ponderar la biografía del recipiendario, Prof. Dr. José Guimón Ugartechea, deseo evocar la figura de su padre, el Dr. Julián Guimón Rezola. A él, desde aquí y ahora, rindo mi más sentido homenaje de admiración y nostálgico recuerdo. D. Julián Guimón fue conmigo miembro fundador de esta Academia, en 1969. En sus intervenciones académicas, además de su preparación clínica, sobresalía su maestría expositiva, acreditando lo que había sido, Profesor de la que fuera la primera Facultad de Medicina de Euskadi. Este centro, aunque de corta duración y a pesar de las adversas circunstancias que imponía la guerra civil, realizó una extraordinaria labor. Más aún, alentó desde entonces a cuantos como nosotros y nuestros antepasados sentíamos el justo afán de contar, *cuanto antes y para siempre*, con una Facultad de Medicina en nuestra Comunidad. Felizmente, esta aspiración se hizo realidad 32 años después, al crearse, en 1968, la Universidad Autónoma de Bilbao, con su Facultad de Medicina, en la que tuve el honor de servir como Decano Comisionado o primer Decano.

Valga un paralelismo entre padre e hijo respecto a su vocación docente y a su profesión médica. Recordemos, aunque con pesar, que D. Julián, como tantos y tantos otros hombres de calidad, sufrió los zarpazos de la guerra civil. A nuestro homenajeado le ocasionó una prolongada reclusión en Puerto de Santa María. En el campo de la medicina, la contienda causó pérdidas de cerebros costosamente rescata-

bles. Entre otros, el caso de Gregorio Marañón, insigne endocrinólogo que no pudo retornar hasta 1946. Muchos profesores emigraron, salvándose así de males mayores y hasta irremediables; otros, fueron detenidos y depurados, separándolos de su magisterio, como ocurrió con el Profesor José Casas Sánchez, Catedrático de Patología General en la Universidad de Madrid. Pero, dejemos tras las cortinas del pudor esa triste y cenagosa etapa de nuestra historia universitaria. Proclamemos, a cambio, que este acto solemne habría sido más gozoso y conmovedor si hubiéramos podido presenciar el entrañable abrazo entre padre e hijo, como miembros ambos de pleno derecho, de esta Corporación. En todo caso, es el momento de afirmar que el apellido Guimón es una gloria de nuestra Medicina y que representa, ya, una insigne saga en nuestro país.

De otra parte, referir pormenorizadamente la trayectoria científico-docente y clínica del beneficiario, Prof. Guimón Ugartechea, ocuparía muchas páginas repletas de merecimientos. Abreviemos, por tanto, su descripción. Nacido el 3 de junio de 1943, estudió Medicina en las Facultades de Zaragoza y Barcelona, licenciándose en esta última.

Expondremos, a continuación, los aspectos más importantes del «currículum vitae» del Prof. Guimón, tras su terminación de carrera en 1966:

A) CURRICULUM DEL DR. JOSE GUIMON

a) Oposiciones, becas y premios

Alumno Interno por Oposición de la Facultad de Medicina de Barcelona, desde abril de 1964 hasta final de su licenciatura en julio de 1966.

Profesor Adjunto de Psicología Médica, por Oposición nacional, en Madrid, diciembre 1974, pasando a ejercer este empleo en nuestra Facultad, por Concurso de traslado, en 1975.

Profesor Agregado de Psiquiatría en la Facultad de Medicina de Málaga, por Oposición nacional, en Madrid, octubre de 1979, trasladándose con el mismo grado a nuestra Facultad en 1980.

Catedrático de Psiquiatría en la Universidad del País Vasco, en 1981.

Becario de la Fundación Fullbright, para ampliación de estudios en Norteamérica, en los años 1976-77, estancia que hubo de interrumpir para acudir a unas oposiciones.

Otra beca adjudicada al Dr. Guimón, tras concurso-oposición, patrocinada por la UNESCO, le valió para reanudar la ampliación de estudios en Norteamérica.

Premio Alonso-Allende de Neuropsiquiatría, febrero 1971, por su trabajo «Contribución al estudio del hemisferio dominante». Resaltaré a este respecto que el Prof. Guimón no es un psiquiatra sin fundamentación neurológica. Es, y luego lo especificaré mejor, un acreditado neurólogo.

Premio Nacional J. Sacristán, en 1981, de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, en 1981, por el trabajo «Un análisis psicosocial de las actitudes hacia el enfermo mental».

De nuevo, otro Premio Alonso-Allende, en 1981, por el trabajo «Contribución a la hipótesis dopaminérgica de la esquizofrenia». Valoramos este artículo, porque destaca significativamente que un clínico se pronunciara, desde un punto de vista bioquímico y con todo fundamento, sobre el papel de la dopamina en la inducción de crisis esquizofrénicas en el hombre y similesquizofrénicas en los animales de experimentación. Como Profesor de Bioquímica y Fisiología he de elogiar cuánto se merece esta pieza científica del Prof. Guimón.

Prescindimos de referir más datos contenidos en esta sección por lo extensa que haría nuestra exposición de conjunto.

b) Títulos y Certificados

Licenciado en Medicina y Cirugía, el 22 de julio de 1966, por la Universidad de Barcelona con la calificación de Sobresaliente.

Doctor en Medicina, en 1971, por su Tesis Doctoral sobre *Apraxias y agnosias*, que presentó ante un tribunal que tuve la oportunidad de presidir. Este trabajo, dirigido por el Prof. Barraquer Bordas, mereció la calificación de Sobresaliente «cum Laude» y unanimidad del jurado. Me satisface rememorar en este momento la excelente lección neurológica con que nos obsequió José Guimón, no sólo en el curso de su exposición temática, equipada con cuantiosas imágenes y una extraordinaria casuística, sino también en el trance de responder a cuantas observaciones le dirigieron los miembros del tribunal. Particularmente, puedo afirmar que frente a mis planteamientos sobre neurofisiología respondió competentemente demostrando una concienzuda preparación neurológica. Esta prueba acredita, como prometíamos más atrás, su dual formación neuro-psiquiátrica, lo que no es, precisamente, frecuente. En esta cualificación han influido, sin duda, sus grandes maestros, los Profesores Ajuriaguerra y Barraquer Bordas, principalmente.

Sobre su condición de prestigioso neurólogo cuentan, además, sus muchos trabajos publicados por sí solo y/o en colaboración con Rego, entre los que figuran los siguientes: «Las dispraxias en alcohólicos crónicos», en 1969; «Evolución del tono muscular en el curso de la desintegración senil», 1969; «Tono muscular y personalidad morfomotora», 1971; «La apraxia ideatoria»; «Asomatognosia por lesiones cerebrales focales»; «Estudio de un caso de autotopoagnosias», este último, en colaboración con Grau Venecia y Barraquer Bordas, en 1971, etc., etc.

Después, Guimón se centra preferentemente en temas psiquiátricos, publicando numerosos trabajos en revistas nacionales y extranjeras, presentando comunicaciones y ponencias en Congresos y Symposia, con sus colaboradores actuales. Así, destacan: «Síndromes psíquicos crónicos tras traumatismos craneales. A propósito de una investigación personal», en colaboración con Totorika, Cortina y de La Herrán; «Reflexiones sobre la formación del residente en psiquiatría, en nuestro ambiente», en colaboración con Villasana, González, Totorika e Ylla; «El *self* psicomotor en las psicosis infantiles», con L. J. López, Gutiérrez, Atucha y Rego.

Igualmente, destacan sus aportaciones científicas en el campo de la neurofarmacología y psicofarmacología, del que citamos este ejemplo: «Investigación farmacológica de la función extrapiramidal en la esquizofrenia», en colaboración con Gutiérrez, Alpert, Veramendi y, nada menos que, con Friedhoff, insigne neuropsiquiatra norteamericano, autor de «Catecholamines and behavior», «Basic Neurology», valiosísima obra de consulta, editada por *Plenum*. En este libro se describen magistralmente las interrelaciones de las monoaminas con el s.n. vegetativo o autónomo, modulación de circuitos neurológicos, funciones psíquicas de entidad superior -como inteligencia, memoria y condicionamientos reflejos-, así como con las emociones e influencia de los fármacos y drogas psicotropas. El libro de Arnold Friedhoff, otro de los grandes maestros de Guimón, durante sus estancias en la New York University, es una herramienta valiosa para asimilar las correlaciones del entramado neuroquímico monoaminérgico con la fisiología y patología de la conducta.

En el campo de las publicaciones, el Prof. Guimón figura en más de 100 títulos. Entre los recién lanzados citamos estos dos: «Diagnóstico en Psiquiatría», en 1988, y «Psiquiatras: de brujos a burócratas», que acaba de aparecer, publicado, como el anterior, por Salvat:

c) Labor docente

Se inicia en nuestra Facultad, en el curso 1969-70, como profesor de Neuroanatomía, a poco de conocerle personalmente, cuando como Decano Comisionado me dedicaba a conseguir profesorado para el centro. Venía José Guimón de Suiza, concretamente de Bel-Air (Ginebra), tras su estancia de especialización con el eminente profesor vasco Julián Aju riaguerra.

El impacto que me causó el Dr. Guimón me lanzó a apostar por el éxito de su futuro, contratándolo de inmediato. Y la verdad, su desempeño docente-clínico-científico ha superado nuestra esperanzada premonición.

Posteriormente, inicia su docencia en el campo de la psicología y psiquiatría en nuestro centro. Como Profesor Adjunto de Psicología Médica en el Curso 1970-71; más tarde, como Profesor Agregado de Psicología Médica y como Director Accidental del mismo Departamento, entre los años 1971 y 1975, fecha en que consigue sus becas para ampliar estudios de psiquiatría en la Universidad de Nueva York.

Años después obtiene, mediante oposición nacional, en Madrid, la plaza de Profesor Agregado de Psiquiatría, accediendo al grado de catedrático de esta materia en 1981, empleo en el que continúa en la actualidad.

d) Labor docente en la New York University

Research Fellow en el Dpto. de Psiquiatría de esta Universidad, en varios períodos a los que aludimos en el apartado anterior.

Visiting-Professor en la misma Universidad, desde julio de 1976 a enero de 1977. Adjunct Clinical professor of Psychiatry, en 1977.

Estas cualificaciones muestran que el Prof. Guimón no permaneció en Norteamérica solamente en su condición de becario y aprendiz, sino que también fue aprovechado por el «staff» del Departamento neoyorquino para que colaborara, de hecho, en la enseñanza psiquiátrica. Interpretación de este hecho?: indiscutiblemente, que destacó brillantemente, que no fue un visitante contemplativo.

En otras secciones del «currículum vitae» del Profesor Guimón hay constancia de su labor como Director de numerosas Tesis doctorales, premiadas con máximas calificaciones.

Descuella también su Labor Asistencia psiquiátrica y su Labor como especialista. Es, además, Secretario de la European Group Analytic Training Institutions Network o EGATIN, y miembro de altas Comisiones nacionales y extranjeras, relacionadas con psiquiatría, salud mental, etc.

Para concluir la exposición de su «curriculum», subrayemos que en los últimos cinco años, el Prof. Guimón ha dictado más de 30 conferencias en distintas Universidades nacionales y del exterior: Madrid, Barcelona, Berlín, Burdeos, Los Angeles, Nueva York, Milán, Oxford, Atenas y Budapest, etc.

* * *

B) BAROJA COMO TEMA DEL DISCURSO

En lo referente al tema elegido por el recipiendario, quiero mostrar mi complacencia porque el Prof. Guimón haya abordado el aspecto psicoanalítico de Baroja, ya que el personaje de D. Pío resulta entrañable para mí. Las lecturas de sus novelas me absorbieron muchas horas de las vacaciones estivales. Sus relatos me transportaron hasta escenarios y sucesos de ensueño, comunicándome felicidad y optimismo. Por mucho que se diga que D. Pío era un pesimista, y no trato de negarlo, tengo que repetir que muchas de sus narraciones animan el espíritu y hasta despiertan entusiasmo.

La producción literaria de Baroja, fecunda, cercana al centenar de títulos, es consecutiva, como secuenciada, mostrando un panorama sin límites en sus contenidos. Su temática comprende ambientes dispares, parajes insospechados y muy extensamente distribuidos, desde pequeñas poblaciones vascas a ciudades como Madrid, en donde transcurrió parte de su infancia y una buena etapa de su juventud, hasta países del exterior (Inglaterra, Italia, Rusia, Francia...).

Los personajes de sus obras resultan de las gentes que conocí, observó y captó, describiendo su entorno y los acontecimientos que los envolvían directa o indirectamente, con toda crudeza, mediante observaciones y discusiones, en donde el argumento, a menudo, se fusiona con los comentarios morales, conformando una atrayente estela narrativa de la que difícilmente se despega el lector. Sobre todo, cuando la trama es

de aventuras. Y, desde luego, sus narraciones llenan muchos libros de aventuras.

D. Pío da muestras de una mente inquieta, desazonada, tanto cuando su ánimo es melancólico como cuando se halla menos afligido, apreciándose, por lo demás, una evolución significativa de su personalidad a lo largo de sus obras. En el contenido de sus primeros títulos rezuma una dura corriente pesimista y un culto a la réplica enérgica, e incluso a la contundencia, para superar los obstáculos a la marcha por la vida. El influjo respectivo de las doctrinas de Nietzsche y Schopenhauer había dejado en la mente de D. Pío un rescaldo inapagable de filosofía ácrata y desordenada. Esta situación de su espíritu trasciende en *Vidas sombrías* y en la trilogía de la *Lucha por la vida* que comprende la *Busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*, editadas en 1904-1905, a sus 32 años. En estas obras, el autor describe el horror de la miseria humana entre los pobladores de algunos suburbios de Madrid, enalteciendo y hasta compartiendo el espíritu de rebeldía de esas gentes que topaban inexorablemente con una vida sin horizontes. Pero, hablemos claro, esta protesta contra tanta injusticia no es otra cosa que el trasunto de una sensibilidad, que es muy frecuente, sobre todo en los médicos que asisten o que, afortunadamente, asistían en tiempos casi recientes a lamentables escenarios de pobreza ampliamente distribuidos. No nos extrañemos, por tanto, de que Baroja lanzase hachazos críticos contra esa sociedad podrida que toleraba y hasta propiciaba tanta injusticia e inclemencia. Convengamos en que D. Pío dio muestras de gran sensibilidad moral y que pugnaba por un justo deseo de reforma, aunque, eso sí, preconizaba unos métodos basados en una acción contundente directa. D. Pío sostenía el principio de que la «acción por la acción es el ideal del hombre sano y fuerte»; seguramente, porque no acertaba a sofocar su indignación.

Con el paso de los años, el lenguaje de Baroja es menos amargo, aunque tintado siempre de un tono mordaz. Esto emana netamente de Shanti, uno de sus más prominentes personajes. Así, en los primeros renglones de *Aventuras de Shanti Andía*, se retrata D. Pío, cuando escri-

be: «Las condiciones en que se desliza la vida actual hacen a la mayoría de la gente opaca y sin interés. Hoy, a casi nadie le ocurre algo digno de ser contado. La generalidad de los hombres nadamos en el océano de la vulgaridad». Tras estos párrafos, D. Pío vuelve a destaparse así: «Yo, en cierta época de mi existencia, he pasado por algunos momentos difíciles y el recordarlos, sin duda, despertó en mí la gana de escribir. Al ver mis recuerdos fijados en el papel me daba la impresión de hallarse escritos por otro, y *este desdoblamiento de mi persona en narrador y lector me indujo a continuar*». Evidentemente, Baroja acusa este desdoblamiento de su personalidad, como la mayoría de los autores de relatos. Baroja, insistimos, se siente intérprete e interpretado en muchas de sus obras, lo que es bien notorio en los personajes de los siguientes títulos: el Andrés Hurtado, del *Arbol de la vida*; el Luis Murguía, de *Sensualidad pervertida*, en donde trasciende su vida de estudiante de medicina en Madrid, y en el Fernando Osorio, de *Camino de perfección*, preocupado por ciertas cuestiones espirituales.

José M.^a Salaverría, prologuista de algunas obras de Baroja, lo califica como un extraordinario humorista, de espíritu sensible, mente exuberante, expansiva, impresionante, lo que podría haberle convertido en un ensayista relevante. Pero Baroja nunca optó por ese cometido, ya que prefería enmarcarse como autor que relataba lo espontáneo, nunca lo preconcebido. Hay que tener en cuenta, además, que D. Pío no abrigaba previsión alguna de futuro; que era, como acostumbraba a decir, una «criatura de paso».

D. Pío siempre desdeñó los convencionalismos, arremetiendo contra los halagos y glorificaciones inmerecidas tan frecuentes en el campo de las letras, aunque, eso sí, él siempre fue un apasionado de la literatura. Pero, nunca quiso adornar sus narraciones con un efectismo sonoro y preciosista. Como señala Díaz Plaja, «menosprecia a los modernistas enamorados de la música de sus palabras». Por su parte, D. Pío se explica con este símil: «si yo fuera arquitecto haría que una viga fuese viga y no pareciese otra cosa, aunque tuviese ocasión de disfrazarla».

Siempre fue un escritor veraz, rebosante de autenticidad. Se limitaba a reflejar la verdad, por lo que procuraba recoger la información y relatarla con toda la sencillez de que era capaz. Por eso, repetía: «yo he ido siempre de las cosas de la vida al libro, al contrario de lo que suele ser habitual, ir del libro a las cosas de la vida». Por eso, en sus memorias, autocritica su individualismo diciendo: «yo soy un hombre de paso, algo que se mueve y no arraiga, una partícula de aire en el viento, una gota de agua en el mar». Se despoja de todo, rechaza la conveniencia fácil, sólo quiere seguir marchando. Acostumbra a repetir: «sigo siendo el hombre que salió de su casa, por el camino, sin objeto alguno». En estas frases late cierto oleaje fatalista, de /cosa que haya de ser, será/, sin más. Sin duda, por los poros de su dolido cuerpo brota un fluido de filosofía oriental, pero siempre de autocrítica, como se advierte en otros pasajes de sus memorias: «en mi camino, para entretener mi soledad, he ido cantando, silbando, tarareando canciones alegres y tristes, según el humor de mi espíritu. Y siempre he seguido mi ruta, al azar; . unas veces, asustado ante peligros quiméricos; otras, sereno ante realidades peligrosas». Señalemos que al referirse a «entretener mi soledad» delata su queja espontánea, incluso una contradicción, ya que refleja su pena por estar solo. Se trata, pues, de una manifestación del inconformismo de ser inconformista.

Otra faceta de D. Pío, sólo que menos difundida, es su Tesis doctoral sobre «El dolor. Estudio de psico-física», que presentó en Madrid, a sus 24 años. Para enfocar su trabajo hay que situarse en aquella época, de mucha retórica, poca experimentación y psicología introspeccionista, con el estribillo inmovilista del «cogito ergo sum», «pienso, luego existo». Quien se lanzó a revolucionar esta situación y a suprimir tan obstinada y retardataria concepción fue el fisiólogo alemán Wilhelm Wundt, fundador de la *Psicofisiología*. Esta ciencia y la Psicología experimental marcharon unidas por largo tiempo, hasta separarse con sus propios atributos; y, sobre todo, con sus propios seguidores. En su obra «*Grundlagen der physiologische Psychologie*», Wundt sienta las bases fisiológicas que es tanto como decir las bases fisico-químicas de la investigación objetiva,

basándose esencialmente en las doctrinas de Heinrich Weber y Gustav-Theodor Fechner, creadores ambos de su *ley psicofísica* sobre la relación entre estímulo y respuesta o reacción sensorial. Esta fundamentación científico-técnica constituyó la base de la investigación de Séchenov y de Ivan Pétrovich Pavlov en materia de *reflejos condicionados* a finales del XIX y comienzos del XX, que cristalizó, al fin, en lo que hoy denominamos *doctrina pavloviana*, cuya influencia impresionó incluso al Pontificado aprovechándola como principio para la preparación de la mujer al parto.

Apuntemos desde aquí que la cerrazón de la psicología introspectiva ha dominado en muchos enseñantes hasta poco. Y cuando, de verdad, se ha profundizado en el tema del dolor ha sido hace escasamente quince años; y eso que el problema era de carácter psicosocial universal. Pensemos que en Norteamérica el costo anual, de más de 700 millones de días de ausentismo laboral por causa del dolor, importa una factura de más de 60.000 millones de dólares. Que el sufrimiento del dolor crónico, verdadera enfermedad en sí por la incapacidad que supone y el deterioro del ambiente familiar que suscita, afecta a millones y millones de seres. Pues, como decíamos, la resolución del problema ha llegado a escala sólo de centros especialmente preparados hace unos quince años. En 1975, Hughes y Kosterlitz, demostraron, en Londres, que la estimulación de ciertas áreas del encéfalo induce la liberación de morfina endógenas, de encefalinas o endorfinas, sustancias peptídicas de carácter neurotransmisor. Actualmente, en los hospitales modernos se han creado las *unidades de dolor*, en las que colaboran neurólogos, fisiólogos, psicólogos, cirujanos, etc. Pero lo más provechoso de todo esto es que por la implantación de electrodos, que pueden utilizar los propios pacientes, propinándose choques de corriente mediante la simple presión de una palanca, se puede ahuyentar el dolor sin merma de las demás sensibilidades (del tacto fina, vibratoria y de posición), ni de la lucidez mental. Una persona que esté autoestimulándose puede, al mismo tiempo, dictar un texto, mantener una conversación sobre cualquier asunto por complejo que sea, o realizar cualquier actividad mental, a diferencia

de lo que sucede bajo la terapia químico-farmacológica que obnubila apreciablemente el intelecto. Confiemos en que dicha tecnología esté pronto al alcance de la población general, para erradicar definitivamente esa tortura y que podamos hablar del dolor como de algo que nos atormentaba en tiempos pasados.

Cerramos este comentario e inciso extenso, a propósito de la Tesis de Baroja, con la convicción de que D. Pío demostró, una vez más, su gran sensibilidad al ocuparse de un problema que ha venido afectando a la humanidad con una saña en cierto modo semejante a la del hambre. Esperemos que esta última plaga desaparezca pronto de todo el mundo.

Y ahora, tras lo expuesto, una reflexión más sobre Baroja. D. Pío está situado en su tiempo, en el tiempo de la historia, en lo que domina o, al menos, predomina: la necesidad no satisfecha, que se torna en utopía, pesar y contrariedad. Pero, por qué no preguntarnos: ¿Qué tal si D. Pío hubiera vivido en un *clímax* como el de los grandes novelistas americanos? Hemingway sentía admiración por él. Indudablemente, la fuerza expresiva de Baroja en nada envidia a la de los grandes de la novelística americana. Y hasta varios autores norteamericanos se han basamentado en la narrativa barojiana. Sinceramente, su categoría de narrador bien hubiera merecido un Premio Nobel. Deseo añadir que D. Pío es autor de una obra con dimensiones universales. Para mí es un patrimonio de la humanidad.

Volviendo a referirnos al beneficiario resumimos que nos encontramos ante una personalidad relevante en diversas facetas: docente, asistencial, investigadora, como gestor, conferenciante, autor de obras, etc. Pero, no eludamos esta interrogante. ¿cómo se las compone para dar tanto de sí? La respuesta es obvia: por su vocación irrefrenable, esforzándose, robando horas al descanso nocturno, como un traperero del sueño. Resulta admirable que tras una jornada de oficio, sobrecargada por la asistencia clínica hospitalaria, visitas, consultas, enseñanza, dirección del servicio, intercomunicación con los componentes de su equipo, para

compendiar y valorar lo realizado, señalar las tareas inmediatas a cargo de ayudantes, enfermeras, auxiliares y demás personal, saque tiempo aún para otros cometidos de excelencia como los que hemos destacado en su «curriculum». José Guimón es un vocacional nato, infatigable, que desdén lo que mucha gente llama "vivir a lo grande", en cuanto esta expresión significa, habitualmente, de no ocuparse más que de lo superficial y placentero. Creo que la educación recibida de sus padres junto a la instrucción de sus maestros más su propia valía e intencionalidad, han conjuntado y generado un fruto opimo de gran profesor, prestigioso especialista e investigador laborioso de la mente humana. A todo esto, se añaden su refinamiento, trato exquisito, generosidad y excelencia en todo su haber personal. No quisiera pasar por alto el recuerdo que en mí evocan otros allegados suyos: su madre, D.^a Ramona Ugartechea, y su esposa, D.^a Pilar Ros. Ambas han contribuido muy mucho al desarrollo de la personalidad de José Guimón, cuidándole y animándole convenientemente.

Finalmente, subrayar que el Discurso del Prof. Guimón revela una rigurosa argumentación equilibrada, llegando a conclusiones admisibles, valiosas. En cuanto a la Academia que hoy le recibe, resaltar nuestra confianza en sus futuras aportaciones científico-clínicas, que elevarán el nivel de esta institución. Y que su buen criterio contribuirá a guiarnos en nuestros propósitos y objetivos.

He dicho.

BIBLIOGRAFIA DEL DR. JOSE GUIMON UGARTECHEA

- 1.-GUIMÓN, J.: «Baroja y la Medicina», Temas y Monografías, 4, 1-8, Barcelona, 1965.
- 2.-GuIMÓN, J.: «Vocación y ética médicas en Baroja», Temas y Monografías, 5, 30-39, Barcelona, 1966.
- 3.-GUIMÓN, J.: «Perforación intestinal por cuerpos extraños deglutidos», Gaceta Médica del Norte, 81-85, Bilbao, 1966.
- 4.-GurMÓN, Jesús y José GuIMÓN: «Grave neumonitis por monilias curada con nistatina», Gaceta Médica del Norte, 1-10, Bilbao 1966.
- 5.-GuIMÓN, J.: «Profilaxia y tratamiento de la alergia medicamentosa», Temas y Monografías, 1-10, 1966.
- 6.-GuIMÓN, J.: «Osear Wilde y García Lorca. Un estudio psicológico», Temas y Monografías, 5, 8-19, 1966.
- 7.-GuIMÓN, J.: «Los médicos en la obra de Pío Baroja», Gaceta Médica del Norte, 1-18, Bilbao, 1967.
- 8.-GuIMÓN, J. y R. DÁVILA: «Trasplante de órganos», Gaceta Médica del Norte, 1-57, Bilbao, 1967.
- 9.-GurMÓN, J.: «Las ideas médicas de D. Pío Baroja», Revista de Occidente, 62, 225-244, Madrid, 1968.
- 10.-GuIMÓN, J. y R. DÁVILA: «La Bioquímica en la investigación neuropsiquiátrica actual», Gaceta Médica del Norte, 286-294, Bilbao, 1968.
- 11.-GuIMÓN, J., A. REGO, J. M. GRAU, y L. BARRAQUER,: «Las dispraxias en alcohólicos crónicos», Gaceta Médica del Norte, 19, 5, 334-347, Bilbao, 1969.

- 12.-GUIMÓN, J., A. REGO, J. SÁNCHEZ y R. DÁVILA: «Experiencias con Anafranil en psicosis crónicas y neurosis obsesivas», Actas del X Congreso Nacional de Neuropsiquiatría, 37-40, Barcelona, 1969.
- 13.-GuIMÓN, J.: «Tras el Cincuentenario de la muerte de Achúcarro, Nicolás Achúcarro en la memoria de los bilbaínos», Arte, Historia, Filosofía y Literatura en relación con la Medicina, Medicamenta, 464, 473-476, 1969.
- 14.-MONEGAL, J. M., A. REGO, J. SÁNCHEZ DE VEGA y J. GUIMÓN: «Utilización de la propericiazina en la Psiquiatría», Actas del X Congreso Nacional de Neuropsiquiatría, 14, 365-369, Barcelona, 1969.
- 15.-REGO, A., J. GuIMÓN y J. SÁNCHEZ DE VEGA: «Evolución del tono muscular en el curso de la desintegración senil», Actas del X Congreso Nacional de Neuropsiquiatría, 193-203, Barcelona, 1969.
- 16.-REGO, A., J. SÁNCHEZ DE VEGA, J. GUIMÓN, R. DÁVILA y M. RosELL PÉREZ: «Correlaciones bioquímicas de la cura de Sakel aislada y asociada a psicofármacos», Actas del X Congreso Nacional de Neuropsiquiatría, 551-554, Barcelona, 1969.
- 17.-REOO, A., J. SÁNCHEZ DE VEGA y J. GurMÓN: «Estudio clínico y terapéutico y tolerancia de la asociación Thioproperacina-Levomepromacina», Gaceta Médica del Norte, 19, 3, 130-142, Bilbao, 1969.
- 18.-REGO, A., J. GurMÓN, J. SÁNCHEZ DE VEGA y R. DÁVILA: «Alteraciones del metabolismo de los carbohidratos en psicóticos crónicos», Actas del X Congreso Nacional de Neuropsiquiatría, 551-554, Barcelona, 1969.
- 19.-REGO, A., J. GurMÓN, J. SÁNCHEZ VEGA y R. DÁVILA: «Tratamiento de las psicosis crónicas y neurosis obsesivas graves con monoclormipramina», Revista de Psiquiatría y Psicología Médica, IX, 5, 340-357, 1970.
- 20.-GRAU, J. M., J. GurMÓN y L. BARRAQUER: «Estudio de un caso de autotopoagnosia». Asociación de Ciencias Neurológicas. Sesión del día 17 de abril. 349-351. 1970.

- 21.-GUIMÓN, J.: «La apraxia ideatoria». Ponencia del I Congreso Nacional de Neurología, Revista de Psiquiatría, 4, 189-220, 1971.
- 22.-GUIMÓN, J.: «Snobismo, Hippismo y Drogü», Boletín del Instituto de medicina Psicológica, 143, 9-34, Barcelona, 1971.
- 23.-GUIMÓN, J.: «Apraxia y agnosia», Ed. Eléxpuru Hermanos, S.A., 133. Bilbao, 1971.
- 24.-GUIMÓN, J.: «Asomatognosia por lesiones cerebrales focales», Anales del Hospital de Santa Cruz y de San Pablo, 275-282, Barcelona, 1971.
- 25.-GRAU VECIANA, J. M., J. GuIMÓN y L. BARRAQUERR BORDAS: «Estudio de un caso de autotopagnosia», Revista Clínica de Barcelona, 348-352, 1971.
- 26.-GUIMÓN, J.: «Asistencia psicogeriatrica extrahospitalaria», Folia Neuropsiquiátrica, VI, 4, 1971.
- 27.-GUIMÓN, J.: «Asistencia psicogeriatrica hospitalaria». Comunicación al Congreso Internacional de Neoadsistencia Psiquiátrica, Sevilla, 1971. Folia Neuropsiquiátrica del Sur y Este de España, VI, 4, Granada, 1971.
- 28.-REGO, A. y J. GuIMÓN: «Tono muscular y personalidad morfomotora», Actas del X Congreso Nacional de Neuropsiquiatría, 537-539, Málaga, 1971.
- 29.-GUIMÓN, J., J. PASCUAL y J. L. SASTRE: «A propósito de un síndrome de Korsakoff postraumático», Actas de X Congreso Nacional de Neuropsiquiatría, 493-498, Málaga, 1971.
- 30.-GUIMÓN, J.: «Justificación del concepto de apractognosia», Ed. Eléxpuru (135 pág.), Bilbao, 1971.
- 31.-GUIMÓN, J., E. NAVARRO e I. DELCLAU: «La vivencia del cuerpo del impotente», Revista Española de Psicoterapia Analítica, 3, 25-42, 1972.
- 32.-GUIMÓN, J.: «Baroja y la Psiquiatría», Letras de Deusto, 2, 4, 227-233, 1972.

- 33.-GuIMÓN, J. y K. ATUCHA: «Tratamiento de las fobias», en J. Guimón, *Neurosis Fóbicas*, Sadagcolor, Geigy, 95-101, Barcelona, 1973.
- 34.-GurMÓN, J.: «Neurosis fóbicas», Sadagcolor Geigy, 174 págs., Barcelona 1973.
- 35.-GUIMÓN, J.: «La evolución de la vivencia del cuerpo en el curso del tratamiento del enfermo depresivo», en «Mesa Redonda sobre depresiones», Sandoz, 123-133, 1973.
- 36.-GUIMÓN, J., E. NAVARRO, S. MARTÍN, B. ELORZA y K. ATUCHA: «Elementos en el Psicodiagnóstico de las fobias infantiles», en «Neurosis Fóbicas», Sadagcolor Geigy, 89-95, Barcelona, 1973.
- 37.-GUIMÓN, J., J. M. GRAU-VECINA, L. BARRAQUER BORDAS y A. REGO: «Estudio de las praxias y de la operatividad en un síndrome cortical difuso de evolución regresiva», *Revista de Neurología*, 1, 22-31, 1973.
- 38.-GUIMÓN, J., M. GUTIÉRREZ, E. NAVARRO, I. DELCAUX y J. TERRONES: «Las fobias en psicopatología», en J. Guimón, «Neurosis Fóbicas», 15-28, Sadagcolor Geigy, Barcelona, 1973.
- 39.-GuIMÓN, J.: «Freudismo, Contracultura y Atipsiquiatría», *Convivium*, 40, Barcelona, 1974.
- 40.-GUIMÓN, J. y M. GuTIÉRREZ: «Evaluación de la monoclorimipramina oral a corto plazo en pacientes neuróticos-fóbicos», en J. Guimón, «Neurosis Fóbicas», Sadagcolor Geigy, 145-150, Barcelona, 1974.
- 41.-ATUCHA, K. y J. GuIMÓN: «Particularidades del Biblingüismo Castellano-Vasco», *Revista de Psicología General y Aplicada*, 912-923, 1974.
- 42.-GurMÓN, J.: «El Asistente Social en el campo escolar», *Graficolor*, S.L., 88-102, Bilbao, 1974.
- 43.-GUIMÓN, J., E. NAVARRO, S. MARTÍN, B. ELORZA y K. ATUCHA: «Elementos en el psicodiagnóstico de la impotencia masculina», *Revista de Psicología General y Aplicada*, 994-1002, 1974.

- 44.-GUIMÓN, J. y L. LAFORGUE: «Alteraciones del esquema corporal manifestadas en la representación gráfica del cuerpo en el alcohólico crónico», *Revista de Psicología General y Aplicada*, 862-874, 1974.
- 45.-BARRAQUER BORDAS, L., A. REGO, J. M. GRAU-VECIANA, J. GUIMÓN, F. FERNÁNDEZ MARTÍN y F. SABIDO: «Apraxia and Agnosia in the derriencias of later life», Ponencia al Congreso Mundial de Neurología de Barcelona, en «*Neurology*», Excerpta Médica, Amsterdam, 296-304, 1974.
- 46.-GUIMÓN, J., D. LUNA, A. GONZÁLEZ PINTO, E. NAVARRO y M. GUTIÉRREZ: «Tratamiento por implosión de un síndrome fóbico compulsivo en una paciente delirante crónica, en *Neurosis Fóbicas*», Sadagcolor Geigy, 139-145, Barcelona, 1975.
- 47.-GUIMÓN, J., M. GuTIÉRREZ y R. URIBE: «Indicaciones y contraindicaciones psiquiátricas de la cirugía estética», *Revista Española de Psicoterapia Analítica*, VII, 2, 57-97, 1975.
- 48.-GurMÓN, J., E. NAVARRO, M. GuTIÉRREZ e l. DELCLAux: «Elementos psicopatológicos en la hipoversión sexual», *Revista Española de Psicoterapia Analítica*, VII, 1, 1975.
- 49.-GUIMÓN, J., R. CRISTÓBAL, A. REY y J. LAFORGUE: «Nocividad selectiva del alcohol sobre el cerebro joven», *Gaceta Médica de Bilbao*, julio, 1975.
- 50.-GUIMÓN, J.: «Revisión crítica del concepto de Neurosis de Renta», Instituto de España, Real Academia de Medicina, Madrid, 1975.
- 51.-BASELGA, E., A. BERISTAIN, J. GuIMÓN, J. SEGARRA y J. L. Gon: <<Las drogas», Ed. Mensajero (200 págs.), Bilbao, 1975.
- 52.---GUIMÓN, J. Y L. R. MARCOS: «Psiquiatría de comunidad, una visión crítica», *Archivos de Neurobiología*, XXXIX, 2, 77-98, 1976.
- 53.-GONZÁLEZ ROA, G., J. MEZQUITA y J. GuIMÓN: «Evolución de la asistencia en un hospital psiquiátrico», *Archivos de Neurobiología*, 39, 5, 363-394, 1976.

- 54.-TOTORIKA, J., L. J. GUIMÓN, C. CORTINA y J. DE LA HERRÁN:
«Síndromes psíquicos crónicos tras traumatismos craneales: A propósito de una investigación personal», *Informaciones Psiquiátricas*, 64, 1-11, 1976.
- 55.-GUIMÓN, J.: «La apraxia ideatoria», *Revista de Psiquiatría y Psicología Médica*, IX, 189-220, 1976.
- 56.-GUIMÓN, J., C. GONZÁLEZ, A. VILLASANA, K. TOTORIKA y L. YLLA:
«Reflexiones sobre la formación del residente en psiquiatría en nuestro ambiente», *Gaceta Médica de Bilbao*, 74, 11, 890-906, 1977.
- 57.-GUIMÓN, J.: «Requerimientos mínimos para formulaciones etiológicas en la Esquizofrenia», *Gaceta Médica de Bilbao*, 74, 6, 506-514, 1977.
- 58.-MARcos, L. R., J. EISMA y J. GuIMÓN: «Bilingualism and sense of self», *Amer. J. Psych.* 37, 285-290, 1977.
- 59.-GUIMÓN, J., L. J. LÓPEZ, M. GuÉRREZ, K. ATUCHA y A. REoo:
«El Self psicomotor en las psicosis infantiles», *Informaciones Psiquiátricas*, 73, 1-15, 1978.
- 60.-GUIMÓN, J.: «Requisitos para la formación del psicoterapeuta de grupo», *Revista Española de Psicoterapia Analítica*, X, 1 y 2, 173-192, Madrid, 1978.
- 61.-GurMÓN, J.: «Eboluziozoko psikologiazko oharra», Ed. B.V., 90 págs., Pamplona, 1978.
- 62.-GUIMÓN, J.: «Nortasunaren psikologiaz», Ed. B.V., 73 págs., Pamplona, 1978.
- 63.-GUIMÓN, J., M. GuTIÉRREZ y D. LUNA: «Requerimientos clínicos para el diagnóstico hiperactivo infantil», *Libro de resúmenes de comunicaciones. II Congreso Mundial de Psiquiatría Biológica*, Barcelona, 1978.
- 64.-GUIMÓN, J., A. VILLASANA, J. L. ToTORIKA y L. R. MARcos: «Actitud de los residentes ante algunos aspectos de los programas de formación en psiquiatría», *Actas Luso-Esp. de Neurol. Psiq. y Ciencias Afines*, 6, 5, 425-435, 1978.

- 65.-GoNZÁLEZ, C., L. YLLA y J. GuIMóN: «Nuestra experiencia en formación psicoterápica. Formación en psicoterapia grupal», Actas Luso-Esp. de Neurol. y Psiq. y Ciencias Afines, 6, 5, 419-425, 1978.
- 66.-GUTIÉRREZ, M., M. ALPERT, J. GUIMÓN, A. J. FRIEDHOFF y V. VERAMENDI: «Investigación farmacológica de la función extrapiramidal en la esquizofrenia». Libro de resúmenes de comunicaciones. II Congreso Mundial de Psiquiatría Biológica, Barcelona, 1978.
- 67.-VERAMENDI, V., A. ALPERT, J. GUIMÓN, A. J. FRIEDHOFF y M. GuTIÉRREZ: «Estudio controlado sobre la L-Dopa en esquizofrénicos». Libro de resúmenes de comunicaciones. II Congreso Mundial de Psiquiatría Biológica, Barcelona, 1978.
- 68.-GUIMÓN, J.: «Condicionantes psicológicos en la rehabilitación de las demencias seniles». Libro de Ponencias del Congreso de Neurología, 1979.
- 69.-ALPERT, M., M. GuNÉRREZ, J. GuIMóN y A. J. FRIEDHOFF: «Extrapramidal and therapeutic effects of dopamine modification in schizophrenic patients», Actas del Congreso de la Sociedad Americana de Psiquiatría Biológica, Chicago, 1979.
- 70.-DELCLAUX, I., L. R. MARCOS y J. GuIMóN: «Particularidades de la psicoterapia con pacientes bilingües», Gaceta Médica de Bilbao, 76, 3-4, 265-270, 1979.
- 71.-GUTIÉRREZ, M., M. ALPERT, J. GUIMÓN, A. J. FRIEDHOFF y V. VERAMENDI: «Evolución de la rigidez como medida de la función extrapiramidal en un grupo de pacientes esquizofrénicos», Informaciones Psiquiátricas, 75, 3-11, 1979.
- 72.-GUTIÉRREZ, M., M. ALPERT, J. GUIMÓN, A. J. FRIEDHOFF y V. VERAMENDI: «Un estudio controlado sobre las posibilidades de la L-Dopa en el síndrome extrapiramidal residual producido por los neurolépticos», Actas Luso-Esp. de Neurol. y Psiq. y Ciencias Afines, VII, 3, 181-189, 1979.
- 73.-GUTIÉRREZ, M., J. GuIMóN, K. ToTORIKA y A. VILLAS.ANA: «Las discinesias tardías, un problema no resuelto», Revista del Departamento de Psiquiatría, VI, 5, 345-358, Barcelona, 1979.

- 74.-VERAMENDI, V., M. ALPERT, J. ÜUIMÓN, A. J. FRIEDHOFF y M. GunÉRREZ: «Aplicaciones clínicas de la modificación de los receptores dopaminérgicos en la esquizofrenia». Archivos de Neurobiología, 1979.
- 75.-GurMón, J. y A. REoo: «Psicosis orgánicas». Capítulo 26 de Tratado de Psiquiatría. Editorial Karpos, Madrid, 1979.
- 76.-REoo, A. y Gu1Mó N, J.: «Psicogeriatría, Capítulo 26 de Tratado de Psiquiatría. Editorial Karpos, Madrid, 1979.
- 77.-GUIMÓN, J.: «El modelo social en la etiología de la esquizofrenia». Psiquis V, 7-52, 1980.
- 78.-GUIMÓN, J., D. LUNA, M. GuTIÉRREZ y A. ÜZÁMIZ: «Elementos clínicos sobre el síndrome hiperkinético infantil». Revista de Psicol. y Psiq. para Europa y America Latina, XIV, 5, 10-22, 1980.
- 79.-GUIMÓN, J., K. TOTORJKA, A. VILLASANA, A. ÜZÁMIZ: «Estudio comparativo de las opiniones sobre los contenidos psicológicos y psiquiátricos que se deben incluir en el "curriculum" de la licenciatura de Medicina». Actas Luso-Esp. de Neurol. y Psiquiatría y Ciencias Afines, VIII, 3, 179-190, 1980.
- 80.-REoo, A., J. GurMón: «Psicología y psicopatología del envejecimiento». Manual de Psiquiatría, Ed. Karpos, 976-1013, Madrid, 1980.
- 81.-GuTIÉRREZ, M., L. DíEz, A. VILLASANA, K. ToTORIKA, J. Gu1Món: «El síndrome de Gilles de la Tourette», Gac. Méd. 77, 4, 309-315, Bilbao, 1980.
- 82.-VERAMENDI, V., M. ALPERT, J. GUIMÓN, A. FRIEDHOFF y M. ÜUTIÉRREZ: «Estudio controlado de la L-Dopa de la esquizofrenia con referencia a la teoría de la hipersensibilidad de los receptores dopaminérgicos». Archivos de Neurobiología, LXIII, 2, 107-124, Madrid, 1980.
- 83.-GUIMÓN, J., L. DíEz, A. ÜZÁMIZ y E. SoTA: «Actitudes sobre las implicaciones psicológicas de la inseminación artificial con síndrome de Dador». Clínica Ginecológica. Ed. Salvat, V, 2, 145-156. Barcelona, 1980.

- 84.-GUIMÓN, J., A. VILLASANA y A. ÜZÁMIZ: «Variables sociológicas y clínicas diferenciales en esquizofrénicos crónicos con estancias hospitalarias cortas y prolongadas». Actas Luso-Esp. de Neurol., Psiquiatría y Ciencias Afines, IX, 6, 441-452, Madrid, 1981.
- 85.-GUIMÓN, J.: «Reflexiones sobre el carácter científico de la psicopatología y la psiquiatría». Psiquis, II, 7-18. Madrid, 1981.
- 86.-YLLA, L., A. ÜZÁMIZ y J. GuIMÓN: «Sociedad, cultura y actitudes hacia la enfermedad mental». Psiquis, III, 30-38, Madrid, 1982.
- 87.-GUIMÓN, J.: «Definiciones de la psiquiatría». Psiquis **111**, **1**, 11-14, Madrid, 1982.
- 88.-GUIMÓN, J. y A. ÜZÁMIZ: «Diferencias clínicas y sociológicas entre esquizofrénicos agudos y crónicos hospitalizados». Actas Luso-Esp. de Neurol., Psiquiatría y Ciencias Afines, X, 1, 3-10, Madrid, 1982.
- 89.-GUIMÓN, J. y P. CUPERMAN: «Terapia familiar: historia y sistema». Psicopatología, II, 1, 13-20, Madrid, 1982.
- 90.-GUIMÓN, J.: «Ventajas y dificultades de la destitucionalización de los pacientes psiquiátricos». Psiquis, III, 31, 11-22, Madrid, 1982.
- 91.-GARCÍA-SEVILLA, J. A., P. GARCÍA-VALLEJO y J. GuIMÓN: «Enhanced α_2 Adrenoceptor mediated platelet aggregation in patients with major depressive disorder». European Journal of Pharmacology 94, 359-360. 1983.
- 92.-GUIMÓN, J., D. LUNA, K. ToTORIKA, L. DíEZ y P. PUERTAS: «Group psychotherapy as a basic therapeutic resource in psychiatric community care from the General Hospital». Congreso en Hospital General Psiquiátrico. Madrid, 23-27 junio 1983.
- 93.-GUIMÓN, J.: «País Vasco, siglo XXI: una predicción psicopatológica». Comisión de Vizcaya de la R.S.B.A.P. Bilbao, 1984..
- 94.-Drnz, L., K. ToTORIKA, D. LUNA, J. GuIMÓN: «Particularidades de una experiencia grupal analítica en pacientes adultos no psicóticos en un hospital general público». Psiquis, V, 19-22, Madrid, 1984.
- 95.-GUIMÓN, J., N. MASCARO: «Diagnóstico de las familias: un abordaje dinámico». Psicopatología, IV, 3, 249-256, Madrid, 1984.

- 96.-GurMÓN, J.: «Factores negativos en la evolución de la sociedad vizcaína». 1 Jornadas Vizcaya ante el siglo XXI. C.B.A.P. 1984.
- 97.-GUIMÓN, J., J. M. AYERRA, M. SUNYER, L. YLLA, F. ARROYABE y J. CAMPOS: «La formación en psicoterapia de grupo en Bilbao: descripción de una experiencia de 11 años». Psicología General y Aplicada, 40 (4), 811-820, 1985.
- 98.-GUIMÓN, J.: «El hospital psiquiátrico en la moderna asistencia psiquiátrica». El Hospital Psiquiátrico Monográfico. Todo Hospital. 33-36, Bilbao, 1985.
- 99.-GUIMÓN, J., A. Ru1z, P. AroDACA, P. DE Ros y E. SOTA: «Red social de la población de Guecho». Psiquis, VI, 9-22, Madrid, 1985.
- 100.-GuIMÓN, J.: «El equipo suficientemente bueno». Rev. Asoc. Esp. Neuropsiquiatría, V, 15, 493-505, 1985.
- 101.-Gu1MÓN, J.: «Distorsiones de la apercepción del estado de la salud propia». Psiquiatría y el resto de la medicina. 282-291, 1985.
- 102.-GUIMÓN, J.: Presentación al discurso del Prof. Justo Gárate «Mi deuda con Bilbao» con motivo de su investidura como Doctor Honoris causa de la U.P.V. Bol. del Instituto Americano de Estudios Vascos, XXXVII, 144, Buenos Aires, 1986.
- 103.-GuJMÓN, J., I. DENDALUCE, E. PASCUAL, A. Ru1z y J. Escobar: «Red social en pacientes psiquiátricos del País Vasco». Actas Luso-Esp. de Neurol., Psiquiatría y Ciencias Afines, XIV, 2, 128-138, 1986.
- 104.-GARCÍA-SEVILLA, J. A., J. Gu1Món, P. GARCÍA-VALLEJO y M. J. FÚSTER: «Biochemical and Functional Evidence of Supersensitive Platelet Adrenoceptors in Major Affective Disorder». Arch. Gen. Psychiatry, 43, 51-57, 1986.
- 105.-SALCEDO, M., B. PINILLA y J. Gu1Món: «La red social en personas psicológicamente afectadas», Psiquis, V, 53-60, 1987.
- 106.-GUIMÓN, J., D. AzcÚNAGA y E. SACANELL: «Orientación teórica de los psiquiatras españoles». Actas Luso-Esp. 15, IV, 173-183, 1987.
- 107.-GUIMÓN, J.: «Usos y abusos de la psicoterapia». Editorial de «El Correo Español», 1987.

- 108.-GUIMÓN, J., D. AzcÚNAGA y E. SACANELL: «Presencia en España del llamado síndrome del residente que comienza su formación en Psiquiatría», *Psiquis*, VIII, 11-19, Madrid, 1987.
- 109.-GurMÓN, J.: «Opiniones sobre legalización de las drogas». En *Manu González Audiana y Leire Itza (Eds.)*. Libro blanco sobre la droga. Gobierno Vasco. 111-113. 1987.
- 110.-GurMÓN, J.: «Panorama de la salud mental en Vizcaya. Perspectiva de futuro». IV Jornadas Vizcaya ante el siglo XXI. R.S.B.A.P. Bilbao, 1987.
- 111.-GuIMÓN, J., EauÍLuz, I. y J. M. GALLETERO: «Evolución de pacientes esquizofrénicos en relación con las actitudes ante el consumo de neurolépticos». Abstracts de la Association of European Psychiatrists. International Symposium. Palma de Mallorca, 1988.
- 112.-GurMÓN, J.: «Indicaciones de la Psicoterapia Analítica de Grupo». *Informaciones Psiquiátricas*, 113. 223-233, 1988.
- 113.-GUIMÓN, J.: «Condicionamientos del diagnóstico psiquiátrico», en J. Guimón, J. E. Mezzich y G. E. Berrios (Eds.), «Diagnóstico en Psiquiatría». Ed. Salvat, 3-7, Barcelona, 1988.
- 114.-REGO, A., J. NIN, I. ELDUQUE y J. GuIMÓN: «Evaluación clínica de los trastornos neuropsicológicos en psicogeriatría», en J. Guimón, J. E. Mezzich y G. E. Berrios (Eds.), «Diagnóstico en Psiquiatría». Ed. Salvat, 56-63, Barcelona, 1988.
- 115.-GUIMÓN, J. y D. PADRO: «Diagnóstico y clasificación de los trastornos afectivos», en J. Guimón, J. E. Mezzich y G. E. Berrios (Eds.), «Diagnóstico en Psiquiatría». Ed. Salvat, 103-105, Barcelona, 1988.
- 116.-GUIMÓN, J. y L. YLLA: «Limitaciones del diagnóstico según el modelo biológico», en J. Guimón, J. E. Mezzich y G. E. Berrios (Eds.), «Diagnóstico en Psiquiatría». Ed. Salvat, 195-198, Barcelona, 1988.
- 117.-DÁVILA, R., M. ZUMÁRRAGA, I. ANDIA, E. MANERO, F. RETUERTO, B. BÁRCENA y J. GuIMÓN: «Balance dopaminérgico y subtipos de esquizofrenia», en J. Guimón, J. E. Mezzich y G. E. Berrios (Eds.), «Diagnóstico en Psiquiatría». Ed. Salvat, 242-243, Barcelona, 1988.

- 118.-GuIMÓN, J., N. MASCARO, M. SuNYER, J. M. AYERRA, P. DE Ros y E. SOTA: «El diagnóstico de familias, redes sociales e instituciones», en J. Guimón, J. E. Mezzich y G. E. Berrios (Eds.), «Diagnóstico en Psiquiatría». Ed. Salvat, 357-368, Barcelona, 1988.
- 119.-SOTA, E. y J. GuIMÓN: «Evaluación económica de la asistencia psiquiátrica», en J. Guimón, J. E. Mezzich y G. E. Berrios (Eds.), «Diagnóstico en Psiquiatría». Ed. Salvat, 386-391, Barcelona, 1988.
- 120.-GINER, J., J. GurMÓN, GrnERT, Ayuso y VALLEJO: «Serotonina: Papel fisiológico, trastornos de la transmisión serotoninérgica y antidepresivos específicos», Fundación Ciencia y Medicina, 17, Egraf, 62 págs., Madrid, 1988.
- 121.-GurMÓN, J., E. MEZZICH y G. BERRIOS: «Diagnóstico en Psiquiatría», Ed. Salvat, 417 págs., Barcelona, 1988.
- 122.-GurMÓN, J.: «The biases of psychiatric diagnosis», en J. Guimón, G. Berrios y E. Mezzich (Eds.), Psychiatric diagnosis. The British Journal of Psychiatry, 155, 4, 33-38, Londres, 1989.
- 123.-DÁVILA, R., M. ZUMÁRRAGA, I. ANDIA, E. MANERO, F. RETUERTO, B. BÁRCENA y J. Gur MÓN: «Dopaminergic balance and subtypes of schizophrenia», en J. Guimón, G. Berrios y E. Mezzich (Eds.), Psychiatric diagnosis. The British Journal of Psychiatry, 154, 57-61, Londres, 1989.
- 124.-GurMÓN, J., G. BERRIOS y E. MEZZICH: «Psychiatric Diagnosis», Supl. 4. The British J. of Psychiatry, 1989.
- 125.-GUIMÓN, J., E. SOTA, A. BULBENA, J. I. ZUAZO y R. PÉREZ-SIMO: «Métodos de evaluación de la política de desinstitutionalización». Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, 31, 533-549, 1989.
- 126.-GurMÓN, J. y GALLETERO, J. M.: «Neurosis de Angustia». Monografías de Psiquiatría, 4, 3-36. Madrid, 1989.
- 127.-GAR CÍA-SEVILLA, J. A., D. PADRO, T. GIRALT, J. GUIMÓN y P. ARESO: «Adrenoceptor-Mediated Inhibition of Platelet Adenylate Cyclase and Induction of Aggregation in Major Depression». Archives of General Psychiatry, 47, 125-132, 1990.

- 128.-GUIMÓN, J. y J. M. GALLETERO: «The treatment of neuroses», en A. Seva (Ed.) «European of Psychiatry», Zaragoza, 1990.
- 129.-DÁVILA, R., I. ANDIA, J. C. MILLER, A. J. FRIEDHOFF y J. GUIMÓN: «Evidence of low dopaminergic activity in elderly women with spontaneous orofacial dyskinesia». Acta Psychiatrica Scandinavica, 1990.
- 130.-GUIMÓN, J.: «Psiquiatras: de brujos a burócratas», Ed. Salvat, 238 págs., 1990.

INDICE

	Págs.
DISCURSO DE INGRESO COMO ACADEMICO DE "A REAL ACADEMIA DE MEDICINA DEL DISTRITO DE BILBAO	3
A) LAS FUENTES PARA UN ESTUDIO PSICOANALITICO DE BAROJA	5
B) RESISTENCIAS	7
C) PERFIL PSICOBIOGRAFICO	11
a) Los triángulos edípicos	12
b) La identidad profesional	14
c) Un adulto adolescente	19
D) DINAMICA PULSIONAL	21
a) La disociación erótico-afectiva	21
b) Los sentimientos de castración	25
c) El manejo de la agresividad	27
E) VICISITUDES NARCISISTAS	31
NOTAS	37
	73

CONTESTACION DEL EXCMO. SR. PROF. DR. D. JUAN MA- NUEL DE GANDARIAS BAJON, PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DEL PAIS VASCO	43
A) CURRICULUM DEL DR. JOSE GUIMON	46
a) Oposiciones, Becas y Prenlios	46
b) Títulos y Certificados	47
c) Labor docente	49
d) Labor docente en la New York University	50
B) BAROJA COMO TEMA DEL DISCURSO	51
BIBLIOGRAFIA DEL DR. JOSE GUIMON UGARTECHEA . . .	59